

37  
CIÓN

33

THE  
SCHOOL  
OF  
THE  
LAW  
OF  
THE  
STATE



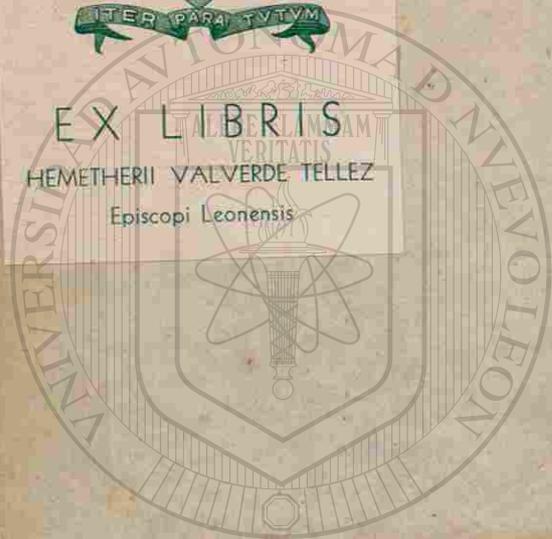
1872  
NOV 29

1872  
NOV 29



1080019437

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



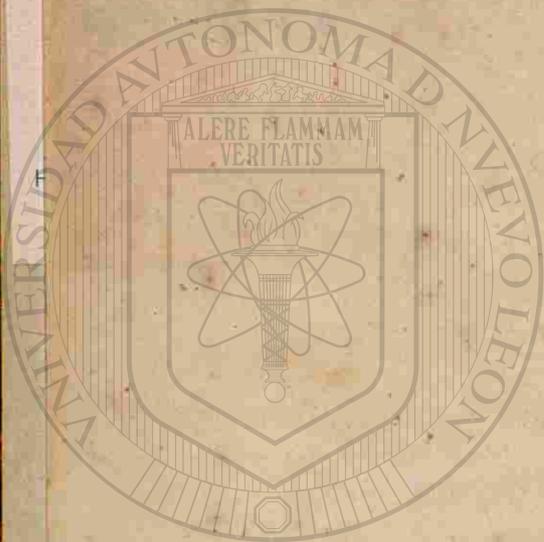
*M. Lavatona*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



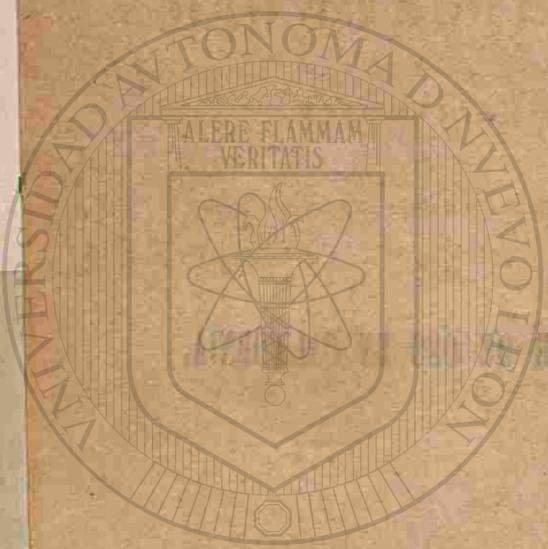


EL BUSCADOR DE ORO EN CALIFORNIA.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**EL**  
**BUSCADOR DE ORO**

**EN CALIFORNIA.**

Novela traducida del francés para LA VERDAD

POR

Niceto de Zamacois.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Telles

MÉJICO

Imprenta de Tomás S. Gardula, calle de S. Juan de



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

FONDO EMET  
40209

P37277

-22

EZ



Es propiedad del editor.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Biblioteca Histórica  
Capilla Alfonso

## EL BUSCADOR DE ORO EN CALIFORNIA.

### PROYECTOS PARA LO FUTURO.

La tarde tocaba á su término, y empezaba á cubrir con su oscuro crespon el pintoresco pueblo de Cosne situado á las orillas del Loira. En una casa de modesta apariencia, al extremo de una sencilla y alegre sala acababan una comida frugal una amorosa madre y sus dos hijos, y charlaban dulcemente en tanto que se entretenían en desgranar algunos racimos de una trasparente y dorada uva.

En torno de ellas parecía reinar la calma y la mas perfecta tranquilidad: la estancia simplemente artesonada, no contaba con mas adorno que dos ó tres retratos de familia, un grabado representando la adoracion de los pastores, y unos cuantos muebles de

002853

moda antigua, pero recomendables por su limpieza y cuidado. La mesa estaba colocada junto á una ventana abierta que servia de marco á un ruiseño paisaje. Desde allí se descubria el Loira deslizándose sus verdes aguas por en medio de los viñedos y de los campos que ostentaban la mas portentosa vegetación: sobre la otra orilla las encendidas y numerosas fraguas donde se fabrican las anclas destinadas á la marina francesa y donde se veian de perfil los negros rostros de los herreros que se desvanecian después sobre el fondo encendido del horno: escuchábase en medio de la calma de la tarde el ruido de los pesados martillos, y el silbido del líquido metal; y al mismo tiempo para formar pronunciado contraste, resonaba en los floridos campos el sencillo lamento del labrador que conducia sus caballos al cortijo.

El sol habia descendido ya al ocaso, dejando tras sí un reguero de brillantes nubes vestidas de magníficos colores: levantábase en el oriente con regia majestad la plateada luna, cercada de las cortesanías estrellas colocadas sobre un cielo limpio y azul.

—¡Qué hermosa tarde! exclamó la señora Berthaud; y con qué comodidad estamos aquí! El dulce aroma de las rosas de Bengala que ha plantado Fernando bajo la ventana sube suavemente hasta esta estancia.

—En efecto.... Y yo estoy loco de contento, mi querida mamá, de que tan ligero adorno os haya agradado tanto, porque tengo decidido empeño en ha-

ceros lo mas agradable posible esta mansion donde corre nuestra existencia. En la primavera colocaré algunas enredaderas al rededor de esta ventana á fin de que esté guarnecida de verdura.

—Eso será encantador.

—La idea no me pertenece: es hija de la imaginación de Octavio.

—Mia ciertamente, dijo con tono negligente el hermano menor. Es menester buscar los medios de pasar los dias lo menos mal posible.

—¡Ah queridos míos! exclamó la buena madre con la mas viva efusión de reconocimiento: ¡cuántos motivos tenemos de tributar gracias al Ser supremo!

—Os contentais á poca costa, querida mamá. ¡Tanto mejor! respondió Octavio con una sonrisa triste y algo desdeñosa.

—¿Pues qué mas puedes tú apetecer? ¿No tenemos una casa propia, una honesta independencia, buena salud, agradable paz y consoladora amistad? Ve ahí á Fernando que acaba de pasar de empleado á la fundición real con mil doscientos francos. Tú mismo estás en buen camino, y dentro de dos años serás del taller. Esta casita nos pertenece; y gracias á vosotros, hijos míos, se está volviendo encantadora... Nuestro jardín es sin duda el mejor cultivado del pueblo.....

—Fernando ha fundado en él su vanidad, respondió Octavio sonriendo.

—Yo no trato de defenderme; pero es muy grato embellecer la casa en donde está uno obligado á vivir.

—¿Tú no deseas segun eso abandonarla nunca? dijo la anciana.

—¡Ciertamente que no! Mamá ha expresado mis sentimientos: nosotros somos dichosos, y lo seremos aun mas en lo sucesivo: nuestro bienestar irá en aumento á medida de nuestra instruccion: seremos cada día mas útiles para todo, y espero que dentro de algunos años, nuestra querida madre podrá satisfacer todos sus gastos que son bastante moderados, y su laudable beneficencia no se verá restringida como se ve al presente por las escasas proporciones de nuestro presupuesto.

—¿Y á tí te satisface este género de vida....? Yo.... yo la encuentro soportable; pero algunas veces, lo confieso, desearia otra cosa. Nuestras faenas son bien áridas: nuestras utilidades demasiado módicas y nuestros goces en extremo mezquinos....

—¡Ah, no prosigas....! ¡Mezquina esta admirable naturaleza que arrebatá nuestra vista! ¡Mezquinas esas encantadoras flores, donde estudiamos su admirable estructura! ¡Mezquinas las obras literarias de Bossuet, Racine, Chateaubriand que gracias á su poco costo están al alcance de nuestros bolsillos....! ¡Mezquinas nuestras tiernas y patéticas ceremonias

de la Iglesia....! ¡Mezquina en fin nuestra amistad....! ¡Ah! hermano....

Octavio alargó la mano á Fernando y respondió:

—Todas estas cosas tan excelentes serian aun mucho mejores, si gozáramos de mayor abundancia; mas ya que la Providencia no lo quiere así, me resigno con su divina voluntad; y la real fundicion no tendrá un servidor mas activo y delicado que yo. Y para probarte que estoy de acuerdo en tu proyecto, mañana te ayudaré á arreglar tu parque de tulipanes y jacinintos para la próxima primavera; y acabaré el dibujo representando santa Teresa, la patrona de nuestra amorosa madre, que destino después de tanto tiempo al aposento de mamá.

La anciana señora se sonrió á estas palabras; y dando á sus hijos el beso de adiós de la noche, contestó:

—¡Oh! sí; amados niños: bendigamos nuestra suerte: bendigamos á Dios que nos la ha proporcionado. ¡Cuántos envidiarían lo que nosotros desdeñamos! ¡No somos bastante dichosos?

—Nosotros sí por tener una madre tan buena; dijo Fernando.

—¡Y yo porque tengo dos hijos tan cariñosos!



## II.

### LA CARTA.

Dos ó tres días después de la conversacion anterior trajo el correo una carta bastante voluminosa dirigida á Octavio; pero como en aquel momento se hallaba en la fundicion, recibió su madre la misiva no sin algun sobresalto; y herida como de un funesto presentimiento miraba el pliego con tristeza.

La infeliz se figuraba que aquella carta era portadora de alguna gran desgracia, y examinaba sucesivamente ya el sello, ya el sobrescrito, y ya los dobleces, sin encontrar quietud en su corazon. ¿Una carta de otro país que puede contener entre sus dobleces el

dolor ó la alegría, y que atraviesa los imperios para llevar la dicha ó la desgracia á un hombre, que camina misteriosa, ocultando quizá el destino de un mortal bajo su sello; una carta, repito no ha tenido siempre un lenguaje conmovedor para toda alma sensible? . . .

La madre de Octavio tenia aun la carta en la mano cuando entró su hijo, á quien se la entregó en el instante; y él sin detenerse, la leyó entremezclando su lectura con algunas exclamaciones entrecortadas.

Paris, 28 de octubre de 1854.

“Mi querido amigo:

“Una dichosa circunstancia parece que se prepara á realizar los votos de fortuna que tantas veces habíamos hecho, y cuya realizacion parecia imposible; porque el trabajo es un árbol que crece lentamente, que no da su fruto sino en la vejez, esto es, á la edad en que ya es imposible disfrutar, y las especulaciones son un juego en que se aventura á la vez el honor y el bolsillo.

“La fortuna que yo te propongo, no es ofrecimiento de venturas irrealizables: no se exige para conseguirla mas que un trabajo de algunos meses, quizá solo algunos días: un sencillo trabajo que será recompensado con dichas sin cuento. Esto es con los re-

presentantes de los bienes de la vida: en una palabra con el oro que se halla á flor de tierra, en los arroyos y en los rios de Californias, de este nuevo Eldorado, de donde las riquezas se derramarán como en otro tiempo del Nuevo Mundo sobre el viejo. Allí, querido Octavio, nos esperan los tesoros. De albañil, de infeliz artesano, ó ayudado de cualquier instrumento grosero se labran grandes fortunas en barras ó en oro en polvo. Los Estados-Unidos, toda la América se halla conmovida por este oro, producto maravilloso de un lugar ignorado por tantos siglos. La Inglaterra y la Francia no tardarán en ver partir numerosas cohortes de trabajadores que extraerán de las entrañas de la tierra hasta la última partícula del precioso metal. Apresúrate, pues, antes que la California esté en moda: apresúrate á partir y á recoger sus riquezas, con las cuales conseguirás un buen puesto.

Los resultados que te anuncio parecen fabulosos; pero he aquí algunos hechos positivos, irrecusables, y que apresurarán quizás tu decision. Cuatro mil buscadores de oro recogen en un dia cerca de cincuenta mil dollars (271,000 francos). Dos hombres cavando un sulco de un metro en cuadro, han ganado 92,142 francos: los obreros europeos ó indios, empleados en lavar el oro, ganan cerca de 542 francos al dia: siete hombres que trabajaron siete semanas, excepto los domingos, sobre el rio Teather, han reco-

gido doscientos setenta y cinco libras de oro puro, ó sea 381,568 francos. Otro trabajador mas favorecido, por una ocupacion de un cuarto de hora, extrajo de una roca una barra valiosa en 3,468 francos. . . . ¿Qué respondes á este guarismo espantoso? ¿Cómo resistir á este mágico atractivo de la fortuna, es decir, de la dicha y de la libertad, cuando para adquirirla, no es menester mas que un poco de energía que todos los días la gastas en los trabajos áridos? Tú no partirás solo, si mi salud, por tanto tiempo quebrantada, me permite hacer frente á un clima peligroso, soportar grandes fatigas, y hacer cara á un trabajo tan lleno de ansiedad y de fiebre. Mas tú, á quien el cielo ha concedido juventud y fuerza, no dejes escapar esta favorable ocasion: de los audaces es la fortuna, y jamás se te presentará mas fácil ni mas pronta.

Adiós: tuyo de todo corazon tu amigo

ENRIQUE CLUSAYE."

Octavio quedó pensativo reflexionando en el contenido de la carta de su amigo. Era Enrique de un espíritu ardiente y dispuesto á cualquier empresa, lle- no siempre de vastos proyectos á cual mas imposi- bles, de irrealizables deseos, sin que en sus pensa- mientos y en sus proyectos se propusiera otro fin que los bienes materiales de la vida. Habia sido condis-

cípulo de Octavio en el colegio de minas, y ambos ha- bían sacado en la educacion pública de nuestros días tan seductora para la inteligencia como vacía para el corazon, una sed sin límites de riquezas y de felici- dad. Cuando entró Fernando encontró á su herma- no en el jardin mirando con la mas alta indiferencia y distraido, todo lo que le rodeaba, y volviendo á leer la carta con un aire ardiente y meditabundo. Oc- tavio se la entregó inmediatamente á su hermano, quien después de leerla despacio la dobló, y se la de- volvió sin manifestar la menor sorpresa.

—Y bien! ¿qué dices tú de eso? exclamó Oc- tavio.

—Yo digo que dentro de algunos años el valor del oro bajará, contestó friamente Fernando.

—¿Eso es todo?

—Digo aun mas; y es que si la América prospe- ra recogiendo barras de oro en las arenas de Califor- nias, llegará á formar una excepcion á la regla ge- neral establecida y confirmada por la experiencia, que dice que la busca del oro no ha sido considera- da jamás como una ocupacion ventajosa, y que la única fuente cierta para la prosperidad de una na- cion, es un trabajo asiduo y constante, aplicado de una manera inteligente. El oro no constituye pues, la verdadera opulencia de un país, sino un débil símbolo de ella.

—¿Dios mio! ¿Quién te habla de economía políti-

ca? Yo no te pregunto sino lo que piensas respecto á esto, para tí. . . . para mí?

—¿Para mí? Que yo no tengo el menor afán por hacerme buscador de oro; de enriquecerme por un juego de chiripas. . . . que prefiero la dicha que llegar paulatinamente, y con la cual me familiarizo á la riqueza fundada sobre mi cabeza como un torbellino, sin dejarme el juicio expedito de mis facultades. ¿Y tú mismo qué piensas?

—Yo no tengo tu filosofía: yo pienso que la fortuna no es una teja que nos rompe la cabeza, y que la felicidad de la vida merece muy bien alguna fatiga y algun trabajo.

—¿La felicidad! ¿Y es esta la felicidad?

—Cada uno la entiende á su modo; y tú mismo convendrás en partiendo conmigo, que la ventura puede encontrarse reunida á la riqueza.

—¿En partiendo? . . . ¿Luego tú piensas partir?

—Sin duda alguna. Todo me convida á ello: soy jóven, tengo algunos conocimientos particulares, y no despreciaré el magnífico porvenir que se presenta á mis ojos. . . . ¡Oh! ¡esto seria ofender á la Providencia! Permanece si quieres en el lugar que has elegido: yo iré á adquirir para nuestra madre la abundancia de pasados tiempos, y para nosotros los placeres de la vida. Sí, dentro de un año, si vivimos. . . . sabremos lo que valen los bienes para la existencia.

—¿Y no lo sabemos ahora, hermano mio?

—¡Nosotros, desheredados!

—¡Chiton! ¡ingrato! Quizás en medio de la prosperidad á que aspiras, echarás de menos nuestra casita, nuestros cómodos trabajos, y las horas de reposo que nada viene á turbar. . . .

—Nada es capaz de desviarme: está tomada mi resolución. Fernando, esta carta me ha señalado el camino.

—¡Quiera Dios que no te engañe tu corazón!



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### III.

#### LA PARTIDA.

La desdichada madre quedó consternada con la idea de una partida violenta que destruía los planes que la infeliz se había formado: los proyectos de vida pacífica que iban á gozar los tres juntos para siempre y que inundaban su alma de una dicha inefable. No podía conformarse ni con la impensada partida, ni con la larga ausencia, ni con la distancia que la iba á separar de su amado hijo, ni con la incertidumbre de su vuelta. ¡Pero sus temores no fueron comprendidos! ¡Sus timidas objeciones hallaron poca simpatía! Octavio atrincherado sobre la razon humana que

exclama sin cesar "*¡enriquecete! ¡elévate! ¡sé el primero!*" replicaba á su madre con inexorable impaciencia; y su corazon, animado por violentos deseos y por la ambicion de riquezas, no comprendia ni las lágrimas ni las angustias maternas. Sus mas dulces, sus sentimientos mas puros se encontraban embotados. ¡Triste y primer efecto de la sed de oro!

Llegó por fin el dia en que era preciso partir, sin que Octavio hubiese manifestado ni por un momento, el deseo de mudar de resolucion. Abrazó cordialmente á Fernando que estaba triste y enternecido, y se arrojó después al cuello de su madre exclamando: "Querida mamá, yo deseo ser muy rico á fin de que vos lo seais tambien. . . . Tengo esperanzas de volver muy pronto. . . . no lloreis, pues. . . . porque seremos dichosos juntos. . . ."

—¡Ah! ¡no lo somos ya! Pero toma, añadió la señora Berthaud, dejando resbalar un papel enrollado en la mano de su hijo: he ahí un poco de dinero para pagar tu pasaje, ya que te has resuelto á partir.

—¿Qué es esto, madre mia?

—He vendido algunas alhajas, mis anillos, mi cadena, porque temí que no tuvieras suficientes fondos...

—¡Gracias, gracias, mamá: yo te compensaré todo esto con objetos mucho mas exquisitos y de mas valor. . . . ¡Adiós, ahora. . . .! ¡Adiós, hermano mio. . . .! ¡Adiós, querida madre!

La pobre anciana no pudo acabar. Fernando se

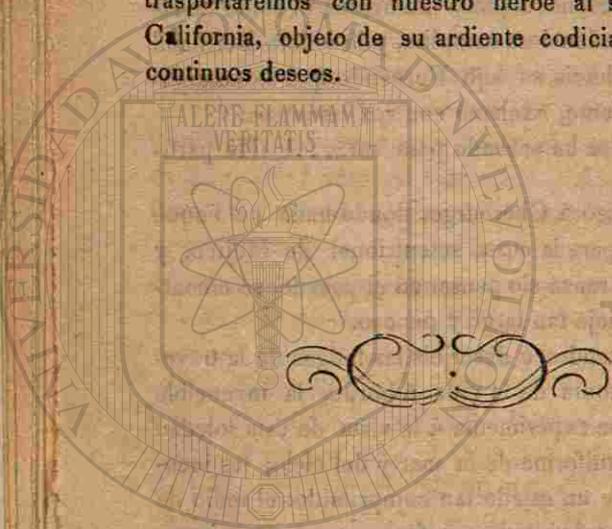
vió precisado á sostenerla en sus brazos, mientras que Octavio subia en la diligencia que permanecia junto á la casa: hizo al grupo inconsolable la última seña de despedida, el carruaje torció el ángulo de un camino, se escuchó algunos momentos el ruido de las ruedas en la silenciosa campiña, y la señora Berthaud volviéndose hácia su hijo Fernando que la contemplaba tristemente, exclamó con voz lastimosa:

—¡Todo se ha acabado para mí. . . .! ¡Ha partido. . . .!

Octavio llegó á Cherburgo, donde halló un buque en franquía para la costa setentrional de Méjico; y lleno de esperanza sin pensar en el pasado, se embarcó para un viaje tan largo y penoso.

No me detendré á describir las fatigas de la travesía; la monotonía de la vida á bordo, la invencible tristeza que se experimenta á la vista de esta soledad imponente, uniforme de la mar y del cielo; las incomodidades de un estado tan comprimido: el tedio de una comunicacion íntima y forzosa con extranjeros: ni me detendré á pintar la alegría que se apodera de nuestros viajeros al descubrir la tierra, los cuales miran salir de entre las olas las verdes cimas de las Canarias: ni el paso de la línea tantas veces descrita donde se suceden con tanta rapidez los aires frios sumamente agudos á los vientos contrarios del Cabo de Hornos; ni menos los peligros y la dureza de este viaje que los osados europeos no lo hacen sino para

esplotar en aquellas comarcas en cuatro siglos que van trascurridos las riquezas, patentizando de esta manera que el oro es un don bastante fatal, sino que salvando rápidamente esta enorme distancia, nos trasportaremos con nuestro héroe al suelo de la California, objeto de su ardiente codicia, y de sus continuos deseos.



DIRECCIÓN GENERAL DE

Faint, illegible text from the reverse side of the page is visible through the paper.

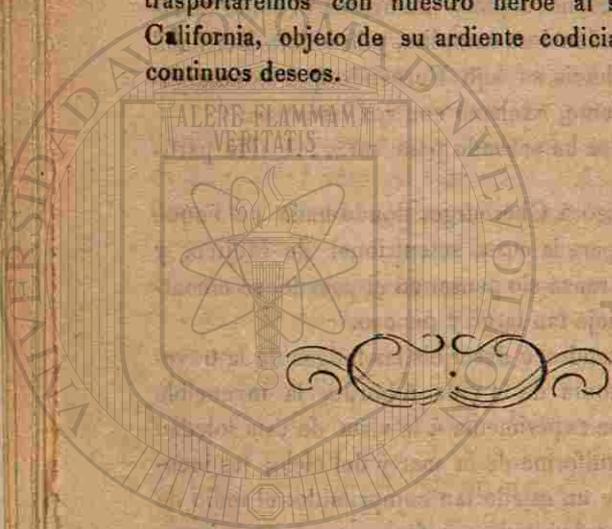
#### IV.

#### LA CALIFORNIA.

La California se divide en dos provincias muy diferentes. La *baja California* forma una larga península, extendida entre el Océano Pacífico y el mar Bermejo. Es país montuoso, sin cultivo en su mayor parte y estéril por la escasez casi completa de agua que la fertilizara. Sus pueblos que son muy pocos decaen cada año de importancia y de población, ni se ocupa en otro comercio que vender algunos víveres á los buques balleneros.

La *alta California*, situada al Norte de la península, está lindando con el Oregón, el Océano Pacífico, la *baja California*, el mar Bermejo, y el estado de Sonora perteneciente á Méjico. Está cortada por

esplotar en aquellas comarcas en cuatro siglos que van trascurridos las riquezas, patentizando de esta manera que el oro es un don bastante fatal, sino que salvando rápidamente esta enorme distancia, nos trasportaremos con nuestro héroe al suelo de la California, objeto de su ardiente codicia, y de sus continuos deseos.



DIRECCIÓN GENERAL DE

Faint, illegible text from the reverse side of the page is visible through the paper.

#### IV.

#### LA CALIFORNIA.

La California se divide en dos provincias muy diferentes. La *baja California* forma una larga península, extendida entre el Océano Pacífico y el mar Bermejo. Es país montuoso, sin cultivo en su mayor parte y estéril por la escasez casi completa de agua que la fertilizara. Sus pueblos que son muy pocos decaen cada año de importancia y de población, ni se ocupa en otro comercio que vender algunos víveres á los buques balleneros.

La *alta California*, situada al Norte de la península, está lindando con el Oregón, el Océano Pacífico, la *baja California*, el mar Bermejo, y el estado de Sonora perteneciente á Méjico. Está cortada por

dos cadenas de montañas, regada por dos caudalosos rios, el Colorado y el Sacramento, y sus valles, bañados por abundantes aguas son de una fertilidad asombrosa.

Allí se dan con abundancia los productos de los climas templados, juntos con los de la zona tropical, el trigo, la caña de azúcar, el añil que llegan á una perfeccion no comun: las viñas que producen exquisito vino: las higueras, las palmeras y los naranjos que prodigan sus deliciosos frutos.

Pero no son tan sencillas y gratas producciones las que el hombre va á buscar á este favorecido país: por el contrario, esto lo ve con el mas alto desprecio, y lejos de cultivar un suelo tan fecundo, lo destruye, lo caba hasta sus profundas entrañas, para extraer lo que se encuentra oculto en ellas.

Los rios llevan en sus aguas multitud de granos del precioso y delicado metal codiciado; y las rocas de las montañas encierran tan ricas posiciones, donde por tanto tiempo han dormido estos tesoros sin excitar el deseo ni la envidia del hombre. Una circunstancia casual<sup>1</sup> las dió á conocer; y desde aquel ins-

<sup>1</sup> En 1836, un oficial suizo de la antigua guardia real, fué á radicarse en la Alta California. Estableció allí un laborio agrícola que dió los mejores resultados. Un dia, haciendo detener un arroyo con el objeto de hacer una presa, vió que la arena y las piedrecitas del arroyuelo contenian pepitas de oro puro. Esta nueva se esparció al punto y atrajo un gentío inmenso á la California.

tante la poblacion de California, la de los Estados- Unidos mas tarde, y los europeos buscadores de oro, concurrieron á las orillas del Sacramento. Entonces se vió, al par de la abundancia de oro y la extrema carestía de los víveres, la miseria en el seno de la riqueza, y las privaciones sin límites en medio de las fortunas increíbles. Pero ¡ah! ¡qué privaciones no es capaz de soportar el hombre por adquirir opulencia en la cual cree alcanzar el fin de sus padecimientos, y que se le presente como el equivalente de la dicha y de la libertad!

Octavio henchido de esperanza y de ambicion llegó á San Francisco, y sin pérdida de tiempo, se unió á los buscadores de oro que se dirijian hácia las montañas.

Este viaje fué tambien peligroso, largo y penoso. El camino estaba formado de una espesa capa de greda, ablandada por las lluvias de las tempestades que tan frecuentes son en aquel país, infiltrada por los arroyos que descienden de las alturas, cruzado todo por profundas grietas que encubren pérfidamente la vegetacion superabundante de este clima. El macho en que montaba Octavio iba sumido hasta el jarrete en el lodo, y su jinete herido por los rayos del sol semejantes á las saetas de fuego, y algunas veces por los súbitos aguaceros, acompañados de agudos relámpagos y de espantosos truenos, no sentia encenderse su valor algunas veces vacilante, sino pensan-

do en la Europa, en sus placeres, que iba á comprar con algunos días de fatiga y de sufrimientos. Las tempestades rápidas y frecuentes de este país, no disminuyen en nada la intensidad del calor, las cuales son producidas por los espesos vapores que se levantan de un suelo cargado de una vegetacion abundante que el sol, no obstante su fuerza, no llega á secarla jamás. El temporal es horroroso, en estos campos mudos y solitarios; pero aunque el espantoso rugir del trueno ha cesado de escucharse, los animales feroces se llaman por medio de prolongados aullidos: los pájaros de los bosques se responden bajo la sombra del nopal y del liquidámbar: las diversas familias se cuentan para cerciorarse de si ha perecido alguno en la pasada tormenta.

Algunas veces, el camino que seguia Octavio dimanaba de una larga corriente de agua, sin nombre en el mapa, pero deslumbrante por su frescura y magnificencia. Corria el agua limpia como el cristal bajo una bóveda de verdura, formada por el enlazamiento de las enredaderas que arrojaban de una orilla á la otra sus flores de vivos matices, y sus exquisitos perfumes; pero por desgracia el encanto que no se saciaban de observar los viajeros desapareció demasiado pronto de su vista.

Multitud de insectos rústicos, abejas, tarántulas de áspero aguijon, cubrian el aire: bajo el dulce y fresco césped, entre los zarzales de una verdura eter-

na se veian relucir los ardientes ojos de un reptil: las mismas aguas tan puras y tan claras en sí, servian de espejo á los caimanes y á los cocodrilos. La mente de los viajeros se hallaba absorta por una lucha continua, originada por el instinto imperioso de la conservacion; y esta bella naturaleza, este lujo de colores, de formas y de perfumes, perdian sus encantos, á la vista de una incesante inquietud, y de un combate sin tregua contra los peligros siempre nuevos. Los escollos que se encuentran en el centro de estas regiones tan bellas á la vista, tan seductoras para los sentidos ¿no son una elecvente escuela? ¿No nos enseñan ellas que la salud, la vida, así como la paz y la dicha no se encuentran en una latitud templada, y que Dios ha colocado en la moderacion el secreto de todo lo que es un bien para el hombre y de todo lo que es bueno para su felicidad? . . .

No estaba Octavio en estado de sacar provecho de estas lecciones que Dios ha grabado en sus obras: sus deseos, su ambicion, excitadas aun por las narraciones de sus compañeros de viaje iban continuamente en aumento. En fin, los guias mostraron de léjos las cimas de la Sierra-Nevada, cuyo punto culminante conservaba aun una diadema de nieve. De esta cadena de montañas, dimanan los rios y riachuelos auríferos, y en sus rocas se encuentran esos sitios de oro que ocultan muchas veces uno solo una gran fortuna. Después de un día de marcha, llegó

la caravana á las orillas de un gran raudal de agua, llamado la Yuba, cerca del cual estaba acampada una poblacion inmensa ocupada en la busca del oro. Nunca aspecto mas extraño habia herido los ojos de Octavio. Una orda de bohemios, un campo de cosacos no hubieran presentado un aspecto tan pobre, mas destrozada que la ciudad errante de los buscadores de fortuna. Allí se veian confundidas todas las razas americanas: fieros republicanos de la Union, habitantes de la Florida y de la Luisiana, mejicanos, indios, negros, mulatos, mestizos y entre ellos un gran número de europeos. ingleses en lo general; atraidos á estas lejanas costas por el tráfico, y arrastrados por el irresistible atractivo del oro. Tambien se veian algunos mariueros franceses, retenidos por la esperanza de llevar una gran fortuna á su pobre hogar natal. En el mismo momento en que la caravana en que iba Octavio desfiló por el llano donde serpenteaba el Yuba, se acercó la noche. Por todas partes, sobre el flanco de las montañas, á las orillas del rio, se encendian hogueras al rededor de las cuales acampaban los atrevidos aventureros; y al resplandor rojizo de estas hogueras, se veian las pobres chozas de greda y de ramaje, que servian de retiro á este inmenso pueblo. En lontananza, algunos fuegos brillantes se derramaban sobre las desiertas cumbres.

—Estos son, le dijo el guia á Octavio, los hogares en los cuales los buscadores de oro guardan las por-

ciones de roca que han arrancado en su trabajo. El fuego permite ver la presencia del metal. Algunos buscadores no quieren explorar las montañas, las cambian su curso, y lavan la arena que casi siempre encierra oro en polvo. Vos escogereis el modo que os parezca mejor.”

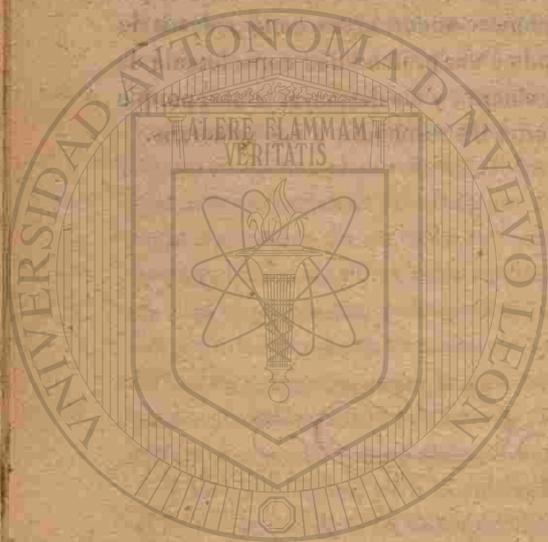
Octavio, reflexionando en lo que le acababan de decir, apresuró su cabalgadura, y se acercó á un fognon, al rededor del cual estaban hablando en francés. Eran los oficiales y algunos pasajeros de un buque del Havre y que arribando á San Francisco, habian oido hablar de las maravillas de Californias, y habian llegado á las montañas para adquirir alguna parte de sus riquezas. Al acercarse Octavio á ellos, le miraron con alguna atencion, pero juzgándole ya hecho á las costumbres de la colonia, prosiguieron diciendo: Así es que nosotros confesaremos sin reserva que la mas completa miseria reina en medio de la opulencia, que los víveres están sumamente escasos, de pésima calidad, y á exorbitante precio: el jornal de los albañiles, carpinteros, y demás trabajadores, á un precio fabuloso; pero anunciados por un porvenir de goces y de delicias, sufrian pacientemente las incomodidades presentes.

Octavio lleno de esperanza, después de comprar sumamente caro una malísima cena, se acostó en el suelo envuelto en su capote, y soñó toda la noche en Cosme y en el hermoso palacio que iba á edificar en

Paris y en el espléndido hotel que pensaba habitar.

Al siguiente día alquiló á un precio exorbitante una incómoda cabaña, amueblada con malísimos muebles, y abandonada la víspera por un habitante del Ohio que había adquirido por medio del juego un cambio favorable en su fortuna. Compró las herramientas necesarias para la extracción de las rocas y lavar la arena, y á los dos días se encaminó, bajo los rayos de un sol abrasador á buscar la felicidad tantas veces soñada. Guiado por las señas de un indio, se internó en un valle estrecho, armado de su barreta, baston de fierro puntiagudo, y con la ayuda de este instrumento, y después de imponerse el deber de arrancar cierta cantidad de roca, empezó sus faenas en un punto, cuyas masas irregulares y salientes se extendían sobre la cima de la montaña. El trabajo era sumamente penoso: insoportable el calor, y el afán sin límites; pero el animoso jóven no sentía ni la fatiga que destruía sus miembros, ni el sudor que corría en abundancia por su frente, porque una ardiente y lisonjera esperanza le sostenía. Al oscurecer encendió fuego con ramas seca, y colocó los pedazos de roca. . . . Una agitacion profunda embargó su corazón. . . . Vió desprenderse algunas piecitas brillantes; pero cuando se apagó el fuego y liquidados los pedazos de roca, el jóven minero se convenció que la ganancia del día consistía en tres ó cuatro pesos. . . .

Este desgraciado suceso que parecia desvanecerlo todo, no desmayó en nada a su ardor. Al siguiente día, desde el amanecer hasta ponerse el sol, se le vió, perseverante, infatigable, inclinado sobre la roca que regaba con su copioso sudor, arrancando pedazos de piedra, ahondando á una profundidad considerable la mina que habia abierto, y sin desmayar jamás, porque no correspondieron los resultados á sus esfuerzos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

#### EL MISIONERO.

El vasto campo en medio del cual alimentaba Octavio sus ambiciosas esperanzas, ofrecía con frecuencia escenas las mas dolorosas. Unas veces llegaban familias de emigrados que venian de los Estados Unidos, y que habian atravesado los inmensos desiertos que separan la California de las orillas orientales de la América. Durante el largo y penoso viaje de diez, doce ó quince meses, se agotaban las provisiones, el hambre y la desesperacion se constituian en inseparables compañeros; los bueyes, los caballos que conducian los bagajes sucumbian á la fatiga y al ham-

bre, y las personas mismas llegaban extenuadas y casi moribundas á aquellas regiones á donde su fatal ambición las habia arrastrado. ¡Y dichosos aun si ninguna de entre ellas moria abandonada bajo algun árbol del campo, echando de menos su pobre cortijo y su gozoso trabajo!

Con frecuencia tambien se veia volver á partir tristes, desesperados, algunos mineros que habian abandonado en Europa ó en América una posicion mediocre por una engañosa esperanza; y que después de crudos trabajos, y de inexplicables fatigas, renunciaban al fatal objeto de sus inútiles afanes, y se volvian á su patrio suelo tristes, lastimados, deshechos tanto de cuerpo como de espíritu.

Deseosos de abandonar un suelo que tan ingrato se habia mostrado para ellos, vendian á cualquier precio la mina que con tanto trabajo habian abierto, y quizá al día siguiente extraño golpe de fortuna hacia que el dichoso comprador encontrase al primer barratazo la vena por tanto tiempo buscada. A menudo, y para colmo de fatalidades, aparecia tambien en el campo de los infelices mineros la terrible peste llamada cólera con su faz espantosa y livida, amenazando destruirlo, todo, y el vómito negro, haciendo ambas plagas numerosas victimas que algunas veces, en las rápidas torturas de la agonía, no dejaban al triste moribundo ni el tiempo necesario para legar su oro á sus ausentes familias.

Los desdichados acometidos morian solos sin ser conocidos, sin ser llorados, sin que una mano amiga uniese las suyas frias, y sin que pudiesen decir qué nombre debian poner sobre su tumba.

Una tarde estaba Octavio en su cabaña arreglando los pedazos de metal recogido, cuando oyó la voz de un niño que le llamaba. Abrió la puerta de su choza, y entró un muchacho que con aire de espanto le dijo:

—Señor, vuestro vecino va á morir del vómito... y está enteramente solo. . . .

Octavio retrocedió algunos pasos sin responder. Era valiente por naturaleza como lo tenia probado; pues se le habia visto sacar un niño de las ondas del desbordado Loira, exponer su vida por salvar un corral incendiado, favorecer á los obreros de las herrerías de Coane que diezmaba una epidemia, y mostrar en fin por la existencia el generoso desden de los hombres de heróico corazón. ¿De dónde pues, trae su origen el que en este crítico momento titubee y retroceda. . . .? ¡Ah! Sin duda el oro, el poco oro que ha ganado, ha derramado sobre él un funesto entorpecimiento. . . .

¡Es que aprecia mucho la vida desde que se presenta á sus ojos rodeada de algunos goces materiales! ¡Es que la egoísta avaricia ha helado en su corazón las vivas fuentes de la devoción y de la caridad! Un reñido combate se trabó entonces en el alma de

Octavio entre la buena y la mala naturaleza; y mientras estaba en esta lucha interna, interrumpia de vez en cuando el silencio de la noche algun sordo gemido que exhalaba el triste moribundo que tan próximo se encontraba. . . . Su voz débil y lastimosa donde parecian gemir á la vez el aislamiento, el destierro y la enfermedad, encontró al fin el seguro camino en el corazon de Octavio mas resfriado que endurecido.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que hago aqui? dijo entre sí. ¡Esto es vergonzoso! ¡Salgamos!

Y salió fuera de su choza y corrió á socorrer al enfermo; la puerta estaba entreabierta. . . . una lámpara pequeña esparcia en la estancia una débil claridad. En el fondo de la cabaña, sobre un pobre lecho, el infeliz minero estaba acostado y su contraida fisonomía anunciaba una muerte próxima. Pero no estaba solo. Un hombre se veia junto á él que sostenia cariñoso su desfallecida cabeza, que procuraba calentar sus manos heladas, y que recibia su aliento frio sin temer sus impuras exhalaciones. Este hombre era un sacerdote. Octavio quedó en pié sobre el umbral detenido por la doble majestad de la religión y de la muerte. . . .

Solo se escuchaba la voz del misionero exhortando al alma próxima á partir, y algunos lánguidos suspiros del moribundo exhalados como últimas señales de la vida. Por fin el cuerpo del infeliz enfermo se cubrió con el frio de la muerte, y sus desfallecidos o-

jos dirigieron al mundo su última mirada. . . . La voz del que rogaba se elevó diciendo: “¡Partid, alma cristiana. . . .!” Y todo terminó.

El sacerdote cubrió con su capa la lívida faz del cadáver, y al oír tras sí un ligero ruido miró hácia atrás, y vió á Octavio á quien saludó y le dijo con dulzura:

—Retiraos, señor, no desafiéis sin necesidad los peligros. Yo basto para desempeñar los últimos cuidados.

No se atrevió Octavio á reclamar su tardío deber. Confuso y triste, se retiró de aquel sitio, y marchó á pasearse para distraerse á las orillas del Yuba, llevando con él las mas amargas reflexiones y los mas terribles remordimientos.

Al dia siguiente, en el instante de entregarse al reposo, después de largas horas de trabajo, bajo la sombra de una higuera nacida en las rocas, vió pasar delante de él, al sacerdote que desde la vispera ocupaba su pensamiento. Octavio le saludó, y el sacerdote le dirigió algunas palabras sobre la hermosura del dia, y sobre los duros trabajos de los mineros en el francés mas correcto, y con aquel tono fácil y gracioso propio de la alta sociedad. Mientras hablaba, Octavio le examinaba detenidamente.

Iba vestido de una sotana pobre y usada, no llevando otra riqueza ni otro ornamento que su crucifijo de misionero, colocado en la cintura, humilde cruz de madera donde estaba un Santocristo de cobre; pero

en medio de tanta pobreza, el ministro del Señor conservaba toda la dignidad propia de la alta misión que desempeñaba en la tierra, unida á la exquisita distinción del hombre de clara inteligencia y bien nacido. Cierta melancolía, propia del destierro, se mezclaba en su frente al valor del apóstol y al fervor del religioso. Animado Octavio por su marcada dulzura se atrevió á hacerle algunas preguntas.

—Soy francés; respondió á una de ellas, el misionero; me llamo De\*\*\*.

Su apellido era sin duda uno de los mas ilustres de Francia. Octavio habia aprendido en la escuela al mismo tiempo que la historia de la patria, el nombre de aquel humilde misionero que ocupaba en ella mas de una noble página. Recordó tambien que en su provincia natal habia visto una hacienda perteneciente á esta antigua familia, y que pasando por frente al enrejado de tan deliciosa morada, habia admirado con frecuencia las prolongadas calles de corpulentos árboles, los deliciosos jardines, y las torrecillas que se dibujaban en las limpidas aguas de los estanques. ¿Y sin embargo el dueño de tan considerables riquezas las habia abandonado. . . .? ¿Habia dejado su patria, su familia y su fortuna por marchar al otro lado de los mares, para enseñar á algunos indios á conocer á Dios, ó para socorrer y consolar en el instante último de la vida, ó algunos compatriotas arrojados léjos de su pais. . . .!

Estas reflexiones de Octavio derramaron en él á pesar suyo, alguna luz.

—¿Con que os habeis privado de todo? le dijo al misionero.

—Eso todo es de muy poco valor ciertamente.

—¿Vuestra patria?

—Toda la tierra es del Señor.

—¿Vuestra familia?

El misionero bajó los ojos sin responder, porque aquella palabra, mas que cualquiera otra, resonaba en el fondo de su corazón.

—¿Vuestra fortuna? prosiguió Octavio.

—¡Ah! señor, ¡qué ligero sacrificio! ¿Qué son los bienes todos de la tierra cuando no sirven para comprar una hora solamente de felicidad?

—¿Pero los placeres del mundo?

—He llegado á conocer la nada.

—¿Qué es pues entonces, segun vos, la dicha?

—Amar á Dios y servirle constantemente; ved ahí la criatura humana. En ese Dios purísimo y tierno es donde se encuentra la verdadera paz, único bien para el hombre en este mundo. Vos buscais los tesoros: vos hareis, no lo dudo, buen uso de ellos; pero creedme, causa mas placer el despojarse por Dios de cuanto uno posee, que atesorar todas las riquezas de las Indias.

—Yo he sido pobre toda mi vida, y deseo poseer á

mi vez una parte de esos bienes que vos habeis despreciado.

El misionero movió la cabeza, y respondió:

—Y toda vuestra vida direis: “¡Tengo sed....!”

Toda vuestra vida desearéis aumentar esos falsos bienes, sin que jamás consigais ver saciados vuestros deseos.... Sin embargo mi apreciable compatriota yo os deseo un éxito feliz.... ¡Que Dios bendiga vuestros trabajos....

—Yo os ofrezco el primer diezmo de mis futuras riquezas: replicó Octavio apretando la mano que le habia alargado el misionero.

—Y yo lo aceptaré, para socorrer á algunas personas necesitadas que están allá abajo.... pues yo no tengo necesidad de nada.

Al pronunciar estas palabras el sacerdote se alejó y Octavio al verle marchar, dijo interiormente:

—¿Será verdaderamente dichoso, léjos de todo lo que á mis ojos encierra tantos atractivos? ¿Dichoso porque se encuentra amando á Dios....? ¿Dichoso, á pesar de todo lo que ha dejado en su patria....? ¡Qué problemas!

Octavio volvió á emprender su trabajo, pensando siempre en aquel hombre que en medio de los goces y de la vida civilizada, no habia encontrado mas dulzura que la de despojarse de los bienes terrenos otra libertad que los lazos que le ataba al Eterno, mas dulce reposo que el trabajo, ni otra dicha que las privaciones y los padecimientos.

VI.

EL INDIOS PABLO.

El perseverante trabajo de Octavio no habia producido aun grandes resultados; pero su obstinada voluntad, no desmayaba por estos contratiempos. Habíase internado mas y mas en las montañas siguiendo una vena que habia abierto; y que, aunque poco productiva, alimentaba entre tanto sus esperanzas por medio de algunos insignificantes sucesos obtenidos de tarde en tarde. Nada aflojaba su ardor; ni la fatiga, ni el fuego abrasador del clima que le obligaba á sufrir todas las caprichosas intemperies.

mi vez una parte de esos bienes que vos habeis despreciado.

El misionero movió la cabeza, y respondió:

—Y toda vuestra vida direis: “¡Tengo sed....!”

Toda vuestra vida desearéis aumentar esos falsos bienes, sin que jamás consigais ver saciados vuestros deseos.... Sin embargo mi apreciable compatriota yo os deseo un éxito feliz.... ¡Que Dios bendiga vuestros trabajos....

—Yo os ofrezco el primer diezmo de mis futuras riquezas: replicó Octavio apretando la mano que le habia alargado el misionero.

—Y yo lo aceptaré, para socorrer á algunas personas necesitadas que están allá abajo.... pues yo no tengo necesidad de nada.

Al pronunciar estas palabras el sacerdote se alejó y Octavio al verle marchar, dijo interiormente:

—¿Será verdaderamente dichoso, léjos de todo lo que á mis ojos encierra tantos atractivos? ¿Dichoso porque se encuentra amando á Dios....? ¿Dichoso, á pesar de todo lo que ha dejado en su patria....? ¡Qué problemas!

Octavio volvió á emprender su trabajo, pensando siempre en aquel hombre que en medio de los goces y de la vida civilizada, no habia encontrado mas dulzura que la de despojarse de los bienes terrenos otra libertad que los lazos que le ataba al Eterno, mas dulce reposo que el trabajo, ni otra dicha que las privaciones y los padecimientos.

VI.

EL INDIOS PABLO.

El perseverante trabajo de Octavio no habia producido aun grandes resultados; pero su obstinada voluntad, no desmayaba por estos contratiempos. Habíase internado mas y mas en las montañas siguiendo una vena que habia abierto; y que, aunque poco productiva, alimentaba entre tanto sus esperanzas por medio de algunos insignificantes sucesos obtenidos de tarde en tarde. Nada aflojaba su ardor; ni la fatiga, ni el fuego abrasador del clima que le obligaba á sufrir todas las caprichosas intemperies.

Con frecuencia la tempestad le sorprendía en medio del trabajo; y sin guarecerse tenía que soportar todo lo que un huracan de la zona tórrida encierra en sus ondas y en sus llamas. Un día, puesto de espaldas contra una roca cuya cumbre se inclinaba un poco, aguantaba Octavio en silencio un horroroso aguacero, mezclado de deslumbrantes relámpagos, á los cuales uniéndose el ruido de los truenos, imprimían un carácter majestuoso y grave á la terrible escena. En este crítico instante llegó á pasar por allí un indio bastante anciano envuelto en un *zarape* y apoyado en un baston de fierro. Al ver á Octavio se detuvo, y notando que sus vestidos estaban empapados de agua, le dijo en español:

—La tempestad durará mucho. . . . ¿Quereis venir á esperar el fin de ella en mi casa que no está lejos de aqui?

Octavio, aunque sorprendido por la invitacion, admitió al punto el favor; y echó á andar, tras de su guia aunque con trabajo porque el agua y los relámpagos le cegaban. El indio tomó un senderito internado entre las rocas que conducia á un estrecho valle, donde hervian las aguas de un riachuelo trocado ya en torrente. Una cabaña construida con *odobe*, se elevaba en medio de este valle; y un hermoso jardin donde crecian con abundancia y en agradable confusion las flores, las legumbres y la fruta cercaban aquella. Un fuerte vallado de áloes armado de for-

mídables espinas, defendian la cabaña contra los animales feroçes.

—Aqui teneis mi casa; dijo el indio: bien venido seais á ella.

Diciendo estas palabras abrió la puerta de la vivienda que presentaba un aspecto sumamente pobre. Una mesa, un armario y algunas sillas ordinarias en madera tosca, algunos vasos de barro, un crucifijo y una imágen iluminada de la santísima Virgen, componian todo el adorno de la pieza principal. Pero cuando encendieron fuego en la cocina, y pudo Octavio secar sus vestidos, y consideró lo apacible y bien defendida que estaba la casita contra las tormentas, un sentimiento de tranquilidad inexplicable inundó su corazon.

La anciana y buena mujer de su huésped, preparó una comida frugal compuesta de arroz, plátanos cocidos, frutas y sobre todo de sandias de un sabor sumamente agradable. Se puso por fin la mesa: los huéspedes de Octavio llenos de cordialidad dejaban ver sobre sus rostros la dulzura de esa raza indiana tan cruelmente destruida por los Europeos; y ambos parecian haber escapado de los vicios que la civilizacion ha llevado á aquellos desiertos. No bien acabaron de comer, se colocaron al rededor del fuego; y el indio que se llamaba Pablo, dijo á Octavio:

—¿Venis de Méjico, señor?

—No: yo soy francés.

—¡Francés...! ¡Y sois buscador de oro! Venís de muy lejos para recoger algunas pepitas de metal.

—Pero ese metal es muy poderoso en Europa: con él se consigue todo.

Pablo movió la cabeza.

—Pero vos mismo, amable huésped, prosiguió Octavio con mas animacion, vos que pareceis un hombre prudente, ¿no habeis ido á buscar nunca, á explotar que se encuentran cási á la mano?

—Nunca.

—De esa manera, ¿ignorais lo que es vivir?

—Yo sigo le ejemplo de mi padre que no es ciertamente un indio que ignora que estas montañas encierran inmensas riquezas, ya que este es el nombre que dan los europeos á las piedrecitas y al polvo de oro.

—¿Y vos habeis desdeñado recoger esas riquezas?

—¿Qué necesidad tengo de ellas, ni de qué me podian servir? Tengo una casa defendida contra los tigres y los huracanes: mi huerta provee á mi subsistencia y á la de mi mujer: la lana de nuestras ovejas nos da los vestidos necesarios que algunas veces cambiamos por tejidos de algodón; de suerte que no carecemos de nada. ¿Qué mas me pueden proporcionar las riquezas? ¿Mejor comida? ¿Cama mas hermosa? ¿Sueño mas descansado? ¿Vestidos mas lujosos? ¿Un corazon mas contento...? La única pena que he tenido en toda mi vida ha sido la muer-

te de mi hijo Anastasio.... ¿Podria el dinero salvarle de la muerte...? No; no señor: el oro no es el bien del alma; y cuando háyais recogido bastante, no sereis por eso ni menos viejo, ni menos quebrantado.... no sentireis menos los pesares.... (como yo la muerte de mi hijo), ni dejareis de morir....

No supo Octavio qué responder á la nueva lógica de un pobre hombre que vivia tan satisfecho con su suerte. Veia con cierta sorpresa que el misionero y el infeliz indio pensasen de la misma suerte: que colocados en los extremos de la escala civilizada, el uno en el mas alto grado de luces y de distinciones, y el otro en la ignorancia de la vida salvaje, se unian para despreciar el oro como un agente importante para hacer la felicidad del hombre.



con vigoroso brazo algunos piés de zanja: examinó atentamente la tierra, las venas de la roca; y después alzando la cabeza hácia Octavio que seguía todos sus movimientos con inquietud, le dijo:

—Señor; yo soy hijo de un buscador de oro, experto entre todos los indios de estas comarcas: me transmitió algunos conocimientos, y después de lo que he visto me atrevo á asegurar que nunca encontrareis en esta mina el suficiente oro para pagar vuestro trabajo. Dentro de poco vendrán las aguas: este agujero se desbordará de agua. . . . Creedme, buscad otra vena: ahondad otra parte, ó cambiad el curso de uno de los mil arroyos que bajan de los montes, con el fin de recoger el precioso polvo que corre con sus olas; pero sobre todo no os obstineis aquí en seguir un trabajo que no nos causa sino pérdida segura. . . . No guarda este terreno ni las venas de estas rocas oro ninguno. . . .

Octavio escuchó esta sentencia con un profundo pesar: cuatro meses de continuos trabajos veía perdidos por aquella sola palabra. Conocía que era preciso comenzar, sobre nuevos gastos, un trabajo penosísimo: jugar todavía á esa extraña lotería el tiempo precioso, las fuerzas y la juventud, la salud y el escaso sueño que componían su fortuna. Pero ¿aquel cambio le prometía por ventura, la suerte que iba á buscar otra vez? Al pensar así sintió en su corazón la emoción y la rabia del jugador que habiendo per-

dido ya su parada se prepara á arriesgar sobre la última carta, su vida y su porvenir, y que no sabe si este cambio en cuyas manos se pone, le guarda la miseria ó la opulencia, la alegría ó la desesperación. Pálido y con los labios cerrados, ayudó al viejo Pablo á subir: después empujó con el pié en la improductiva mina algunos fragmentos de roca, diciendo con fingida sangre fría.

—¡Busquemos en otra parte!

Pablo le deseó un cambio favorable en su suerte, y le dejó para volverse á su apacible cabaña. Octavio anduvo todo el día de un lado á otro, examinando los trabajos de los mineros, probando pero en vano las ventajas que se le presentaban. Al anocheecer se encontró cara á cara con uno de los mineros que él conocía de vista. Parecía que todas las reflexiones de Octavio se reflectaban sobre la frente de aquel desgraciado hombre que se adelantó bruscamente, y le dijo en mal francés.

—¿Qué tal va, señor mio? ¿Habeis sido dichoso en vuestra empresa?

Octavio levantó los hombros y respondió solamente.

—¿Y vos?

—¡Yo! . . . dijo el minero afectando un aire des-  
embarazado, al través del que se dejaba conocer su íntima tristeza: ¡Oh! yo. . . yo no hago cuenta mas. . . yo renuncio al oficio. . . .

—¿Segun eso habeis encontrado?....

—Nada, señor, absolutamente nada, Después de cuatro meses de trabajos, de horribles fatigas; después (y esto es lo peor) de haber abandonado en Baltimore mi país natal, una profesion honesta que me daba lo suficiente para vivir decentemente, después de tantas esperanzas y sacrificios, me encuentro mas pobre que el primer dia. El placer en que he trabajado por tanto tiempo no me ha producido nada.

—Así me ha sucedido á mí con el mio: dijo tristemente Octavio.

—Voy á partir muy en breve: prosiguió el americano; y ya lo hubiera hecho antes sí....

—Acabad.

—Si hubiera tenido los fondos necesarios para el viaje: volveria á mi casa.... ¡Ah! bien sé que ya no la encontraré con el brillo que la dejé, porque mis pequeños negocios, mi parentela, todo en fin puesto en otras manos, habrá sufrido algunos trastornos; pero tengo valor, y vivirá de un trabajo diario.... Se burlarán todos, sin duda, del californiano, del miserable buscador de oro, del ambicioso.... este será el castigo de mi imprudencia....

Al pronunciar estas palabras con voz entrecortada, el americano procuró contener sus lágrimas; lágrimas amargas de dolor y de arrepentimiento que inundaban sus ojos.

Octavio se conmovió, y tendiéndole la mano le dijo.

—Señor Thónson, vendedme vuestro placer. Arriesgaré aun esta jugada; y si no me es favorable, tambien yo me volveré á mi patria.

—¿Me hablais de veras? ¿Quereis comprar mi placer?

—Palabra de honor.

La venta no tardó en hacerse; y al concluirla dijo el afligido americano.

—Voy á salir esta misma noche con una caravana que se pone en marcha para los Estados-Unidos. Os deseo un suceso feliz.... No esteis jamás tan alucinado como yo....

Octavio pasó una noche agitadisima: algunas veces se arrepentia de su compra, y otras pensaba en aquellos trabajos fabulosos que al fin habian coronado una firme perseverancia. Al brillar el alba, corrió afanado hácia la mina abierta por Thónson: la examinó atentamente, y le pareció tan pobre como la que él habia abandonado la víspera: quiso entonces escavar mas adelante, en la roca viva, sobre la cual se arrojó con una especie de delirio. El sudor resbalaba sobre sus miembros, y sus brazos estaban ya desfallecidos, cuando llegó á un enorme pedazo de piedra durisima que estaba quitada de su lugar. Octavio la levantó con esfuerzo ayudado de su barra, y la hizo cambiar de lugar, pero un violento sacudimiento del corazon se apoderó de todo su ser.....

Bajo esta roca se encontraban porcion de granos y pepitas de oro nacido allí mismo, amontonados en número infinito..... El ojo experto del minero, los reconoció al punto..... La fortuna tan soñada la tenía allí..... bajó los ojos, bajó sus manos..... ¡Extraña burla!..... Acababa de encontrar con el trabajo de una hora aquel tesoro en busca del cual había andado el pobre americano tantos meses; y él salía rico y gozoso de aquel placer que el día anterior había abandonado Thónson desesperado de su contraria suerte.

Sin ocuparse en estas reflexiones, y asombrado con su fortuna, Octavio recogió el oro que constituía una riqueza extraordinaria. Durante algunos días se ocupó exclusivamente en esta tarea, y cuando en fin calculó que no necesitaba de mas, se puso en camino para San Francisco, donde encontró un buque próximo á hacerse á la vela para Francia. Antes de partir envió un presente al misionero, quien lo aceptó para socorrer á sus enfermos, y otro á Pablo, el cual lo rehusó, diciendo que no tenía necesidad de nada.

Tambien quiso por delicadeza de conciencia, enviar algun dinero al pobre Thónson, pero supo que el infeliz había perecido atravesando los desiertos que separan la California de los Estados Unidos. Sí, supo que había muerto por causa de tantos pri-

vaciones, de tantas fatigas, y tal vez de pesar por no haber encontrado las riquezas tras las que con tanto afan había corrido, abandonado en medio del camino..... ¡Triste episodio, pero demasiado comun en estas lejanas y engañosas excursiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

LA VUELTA.

En cuanto Octavio llegó á san Francisco fué al consulado de Francia á recoger una carta de su hermano, única que le entregaron después de diez y ocho meses de ausencia. Después de algunas noticias sobre los negocios públicos, proseguía Fernando de esta manera.

“Grandes cambios han tenido lugar en el interior de nuestro domicilio. ¿Por qué motivo querido, Octavio, no has podido ser testigo de ellos!.... Sí; testigo; porque esta es la palabra, cuando se ventila el

002853

asunto de matrimonio. Te vas á admirar cuando sepas que tu hermano se ha casado, y que espera ser dentro de poco padre de familia. Después de tu partida, la tristeza se apoderó de nuestra casa, y parecía que tú habías llevado en las velas del buque nuestra alegría y nuestro placer: nuestra infeliz madre perdía de día en día sus fuerzas y su buen humor: todos mis esfuerzos para consolarla eran inútiles: y entonces creí que el mejor medio de conseguir mi objeto era darla una hija amable y rendida que volviera á traer á nuestro hogar la dicha que se había huido por tanto tiempo. Encontré en Eugenia P. . . . hija de un digno y anciano empleado de las herrerías, la mujer buena, piadosa y sencilla que yo buscaba. Mi madre no podía ciertamente anhelar otra hija. Si hubiéramos tenido una hermana se hubiera parecido sin duda á mi dulce y amada Eugenia. No te puedo decir mas, sino "que ella escuchó benigna mis palabras, y que hace ocho meses que nos casamos."

—¡Qué locura! ¡Casarse sin tener lo necesario!

Parecía que la carta respondía á su pensamiento, porque seguía en estos términos.

"Las ideas que tú has formado sobre la felicidad, querido Octavio, te harán tal vez considerar mi casamiento como un acto de imprudencia, porque somos pobres, porque no está asegurado nuestro porvenir, y porque nuestra existencia depende de mi trabajo.

Pero tú conoces bien mi modo de pensar. Una Providencia paternal vela sobre nosotros: en ella es quien yo confío, porque jamás abandona al que lleva su tributo á la sociedad perpetuando la familia, y la dirige por la senda del deber. ¡Léjos de mí la estéril desconfianza! ¡Lejos de mí los ambiciosos cálculos que matan de un golpe la fe en Dios y las nobles afecciones del padre y del esposo! Yo no esperaría la fortuna con el objeto de gustar sus dulzuras, rompiendo los mas sagrados lazos, para buscar una compañera confidenta de mis goces y de mis cuidados, y para rodear mi hogar de muchachos, esperanza de mi vejez.

"No: yo en medio de esta dicha legítima, apetecería otro bien mayor, mas vivo, mas puro aun, la dicha que disfruta el cristiano; esto es, la fe en la Providencia. Nosotros disfrutamos de todo lo que Dios tiene á bien concedernos: de un módico jornal, de un delicioso paseo en los campos, de un día de reposo pasado en familia. . . . ¡Ah! El pobre saborea mil bienes que apenas perciben los ricos.

Pero basta ya de moral. ¡Ojalá puedas tú dentro de poco ver en acción el cuadro que te acabo de pintar, y venir á aumentar con tu presencia la felicidad de tu hermano y de tu primer amigo!

FERNANDO BERTHAUD."

—No les hará daño un poco de dinero. Es preciso dorar con algo su decantada felicidad. Dijo interiormente Octavio con el benévolo aplomo de un rico.

Entre tanto esta carta habia despertado en su corazon los invencibles derechos de la patria y de la familia: todos sus deseos, deseos de corazon y de vanidad, se dirigian hácia la Francia. Embarcóse por fin henchido de placer, anhelando con todo afan el instante de pisar su patrio suelo, y soñando en la nueva vida que se proponia abrazar. Todos los obstáculos estaban ya allanados: la fortuna con tanto empeño buscada estaba en su poder, y con ella habian llegado los placeres, las satisfacciones, Paris y sus encantos, la vida del poderoso castellano con su dignidad; después la ambición satisfecha, los honores siguiendo á la riqueza, y el oro abriendo el camino del mas brillante porvenir.

Estos deliciosos sueños ocuparon su imaginacion en la travesía que fué larga pero dichosa. El corazon de Octavio se conmovió de placer cuando llegó á respirar las primeras brisas que llegaban de Francia, cuando vió oscilar en el Golfo de Gascuña, las embarcaciones de los pescadores, cuando el piloto, llegado de Burdeos, entró al buque, y sobre todo descubrió en el horizonte una línea de un blanco parduzco. . . . “¡Allí está la tierra! ¡la tierra de Francia! . .

En cuanto Octavio llegó á Burdeos, tomó una si-

lla de posta y se puso en camino hacia Orleanés. Su alegría crecia á medida que se aproximaba á su país natal, patria en miniatura engastada en su floreciente patria. Con un regocijo sin cuento contemplaba el enriquecido minero, los árboles, las campiñas, los campanarios dominando sobre los tejados de las ciudades: todo estaba revestido para él de un indecible encanto, hasta los nombres franceses que leia sobre las señales colocadas en los caminos, y aun los secos páramos de la triste Soloña, en medio de los cuales no echaba de menos la agradable sombra de los gigantescos árboles del Nuevo Mundo.

Inundado con el placer que siente el desterrado al pisar su patrio suelo, llegó á las primeras horas de la tarde á la vista de Cosne; y experimentó en su corazon una tierna conmocion de inefable dicha al ver bajo la niebla de un dia de otoño, el pueblito colocado en el valle de Loira, y encima suspendida cual un nido de águilas en los flancos de una montaña, la antigua ciudad de Sancerre. Octavio mandó que se detuviera el carruaje, y llevando bajo el brazo su pesado y precioso cofrecito, se dirigió á pie hácia la casa de su amada madre. Era ya casi de noche cuando llegó.

La puerta solo estaba cerrada con el picaporte, el que levantado sin hacer el menor ruido, le dió entrada hácia un corredor bien conocido. . . . Muchisima luz salia del corredor. . . . Octavio se detuvo con

el corazón palpitando de ansia, y miró á la luz del fuego que lanzaba sus vivos resplandores, todo lo que pasaba en aquella pieza. Su anciana madre estaba sentada cerca del fogón: sobre sus rodillas reposaba una criatura que contaría de edad solo algunas semanas á la cual estaba envolviéndola en limpios pañales, acompañando tan maternal ocupacion con caricias y palabras tiernas dirigidas al inocente niño.

Junto á una mesa, sobre la que ardía una lámpara, estaba una mujer jóven, de fisonomía dulce y cándida que se ocupaba en coser un vestido para el recién nacido sobre quien fijaba de vez en cuando los ojos para mirarle con el cariño de una amorosa madre, y que los separaba de él para dirigirlos después á su esposo Fernando que, colocado enfrente de ella, escribía atentamente. El dibujo de santa Teresa empezado por Octavio y acabado por Fernando, estaba colocado sobre la chimenea: en todo lo demás se notaba el mismo órden que existía antes de que el recién llegado abandonara su casa; y tan embebecido se hallaba Octavio con la vista de tan queridos objetos que hubiera olvidado sus largos viajes si no hubiera sido por el peso del cofrecito que llevaba en la mano. A un movimiento que hizo, la señora Berthaud, dirigió los ojos hácia la puerta.... Su presago corazón adivinó al instante lo que su vista apenas le permitía descubrir.... y poco después Octavio recibió en sus brazos á la mujer á quien debía la

existencia.... Fernando y Eugenia se levantaron también, y el viajero se vió colmado de caricias por aquellos seres que tan caros eran á su corazón.

—Aquí tienes á mi mujer.... Aquí tienes á mi hermano Octavio.... á mi hijo.... exclamó Fernando con orgullo: le hemos puesto tu nombre....

—El nombre de un tío de América dijo la señora Berthaud, con dulce malicia.

—Sí, madre mía; respondió Octavio: la América no me ha engañado.

Pero nadie hizo aprecio de estas últimas palabras. Todos estaban engolfados en la alegría de haber encontrado el inestimable bien que por tanto tiempo estuvo ausente. En fin, después que acabaron de cenar, Octavio tomó la palabra y dijo:

—No ha sido infructuoso mi viaje: la fortuna me ha favorecido, y he vuelto á mi patria colmado de riquezas.

—Mucho me alegro, querido hermano, respondió Fernando con la calma mas completa.

—Y debes alegrarte, porque el bien redunda en beneficio de todos nosotros. Tú abandonarás tu taller, tu fragua y tus registros: viviremos todos juntos en París en el invierno y el estío en el campo. ¿Te parece bien mi plan? ¿Qué decís vos, Eugenia?

La tierna esposa no se atrevió á responder: puso

sus hermosos ojos sobre su marido, esperando con ansiedad su respuesta.

Fernando contestó con la mayor dulzura:

—Gracias, Octavio: reconozco en esto tu fina amistad.

—Es cosa concluida. . . . harás tu dimision: dentro de diez días estaremos establecidos en Paris, y tomaremos parte en todos los placeres del invierno.

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Cómo!

—Yo te doy infinitas gracias por tu generosidad; pero no puedo aceptar tus ofertas, y permaneciendo fiel á nuestra independencia, creo ser el intérprete de los votos de mi amada esposa.

—¡Oh! sí: sin duda: exclamó vivamente Eugenia. ¡Somos tan felices aquí! ¿Para qué cambiar?

—Para estar mejor, encantadora hermana.

—Mejor es ya imposible: yo estoy contentísima en esta casita; al lado de mi madre, de mi hijo y de mi esposo en quienes cifro todo mi placer.

—Pero Fernando debe trabajar desde la mañana hasta la noche.

—¡Dios me libre de que pasara un día sin trabajar! exclamó Fernando.

—Aquí carecereis de multitud de cosas:

—¿Las personas ricas que has conocido, han sido mas dichosas porque han poseido mas cosas? preguntó Fernando.

Octavio se encogió de hombros.

—¿Y los placeres? respondió por fin.

—¡Disfrutamos aquí de tantos! . . . . volvió á exclamar Eugenia: nuestras flores, nuestros libros, nuestros paseos, y nuestro querido hijo. . . .

La conversacion continuó de esta manera, manifestando la esposa de Fernando la plenitud de su dicha, disfrutada sencillamente, y su marido el valor de una alma que encuentra mayor alegría en el trabajo que la que encuentran otros en medio de la molición y de los goces.

Octavio cansado, contrariado, y algo descontento se volvió hácia su madre que habia estado escuchando todo en silencio.

—¿Y tambien vos, madre mia, desdeñareis mi fortuna?

—Si ella te hace dichoso y bueno, hijo mio, yo bendeciré al Señor; pero tu padre y yo hemos sido dichosos sin ella. . . . .

—Yo os quiero probar, madre mia, que se puede tambien ser feliz con los bienes de fortuna; y yo espero que consentireis en acompañarme á Pa-

ris, y á vivir conmigo hasta que tenga la felicidad de encontrar otra Eugenia.

La anciana palideció á esta proposicion no obstante la ternura que resaltaba en Octavio hácia ella.

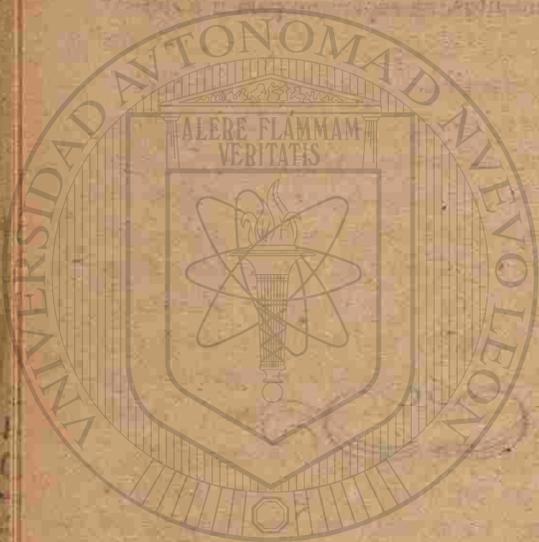
Pero dejar al otro hijo, á su tierua esposa y al ángel que le habian dado: dejar su casa, sus antiguos amigos, sus costumbres, el pueblo donde habia pasado su vida, la iglesia donde tantas veces habia orado, donde sus hijos se habian bautizado; no ver ya el cementerio donde bajo una cruz de madera negra descansaba su marido y oia sus plegarias; entrar á los cincuenta años en otra esfera, adoptar otras costumbres, abrazar otras ideas. . . . ¡qué serie de sacrificios. . . . qué porvenir de trizteza y de esfuerzos!...

Entre tanto el alma de aquella amorosa y cristiana madre, se resignó: conoció que no podia rechazar los pensamientos de Octavio sin causarle un gran dolor, sin derramar en su corazon el germen del desafecto, y aunque le costó mucho, después de algunos instantes de silencio, le dijo tendiéndole la mano.

—Acepto, querido hijo, tu proposicion, y en tí coloco mi porvenir.

Octavio quedó satisfecho: explayó largamente sus pensamientos: agotó su imaginacion en proyectos; proyectos de lujo y de fiestas, en los cuales su ma-

dre tomó parte con una sonrisa bajo la cual procuraba ocultar su tristeza; y las doce de la noche dieron en la torre cuando estas cuatro personas, agitadas de encontrados sentimientos, se separaron para ir á descansar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS

IX.

PARIS.

Hacia ya cerca de tres semanas que la señora Berthaud y su hijo Octavio vivían en una espléndida habitación en la calle de San-Honorato, donde pusieron todo esmero en adornar con el mas exquisito lujo que se notaba en las casas montadas á la última moda.

Octavio deslumbrado de alegría y llevando á su anciana madre á una elegante pieza arreglada para ella, la mostró los lujosos muebles, las hermosas colgaduras, el vistoso reclinatorio, la escogida bibliote-

ca, y recibiendo las gracias mas expresivas de la señora Berthaud, la juzgó, calculando por lo que en él pasaba, en el colmo de la dicha.

Empeñado en realizar todos sus pasados sueños, quiso hacerse de relaciones, lo cual consiguió facilmente. El *buscador de oro* era entonces el seductor, ó como dicen los franceses el *leon* de la época, á quien no faltaban cortesanos aduladores, ni falsos amigos.

Allí se encontró con Enrique Clusaye que gozaba de una posicion ventajosa y de una regular fortuna. Todo se le facilitaba á Octavio enriquecido: los placeres de la populosa ciudad por tanto tiempo deseados, le ofrecian sus encantos: el jóven minero se acostaba sin temor y se levantaba sin cuidados: su vida se deslizaba en un ocio continuo, amenizado de toda especie de diversiones.

En el interior de su casa nada habia que pudiese repugnar su vista: ni vulgares economías, ni escasez en el ajuar ni en el servicio: nada de tristes previsiones. . . . ¡Vivia en fin! . . .

Con frecuencia repetia Octavio interiormente estas palabras: *¡en fin, vivo!* . . . Y sin embargo, dentro de sí mismo sentia no ya la ardiente actividad de la existencia, sino un profundo, un incurable disgusto. Habian pasado para él los dias de la juventud en que cualquier cosa inesperada le causaba una sensacion; en que un paseo en el campo, una luminaria entre los

árboles, la vista de una flor, la lectura de un libro nuevo, era para él un acontecimiento notable: habian pasado ya los dias de trabajo, corridos en las orillas de Yuba, donde huyen las horas con la rapidez de los minutos: los sueños de entonces eran la realidad presente; y extravagante condicion del hombre; rodeado del placer de estas realidades, echaba de menos Octavio sus sueños; y contaba en el número de sus mejores dias, aquel tiempo en que procuró adquirir lo mismo que ya poseia.

En pocos meses se habia hastiado de unos placeres tan uniformes y superficiales, no obstante su aparente variedad: espectáculos, bailes, fiestas, banquetes, nada en fin habia que picase su curiosidad; y privado de una ocupacion útil y regulada, sentia las pesadas é inexorables huellas de las horas. Entre las relaciones que habia formado, y que recibia unas veces en su casa, y á quienes otras las iba á visitar á las suyas, no consiguió hallar un solo amigo; un solo ser que le diese saludables consejos, ó señales inequívocas de un desinteresado afecto.

En la inmensa locura que puebla la capital de Francia, Octavio se encontraba solo, por decirlo así, con su querida madre; ocioso, sin gusto, sin deseos, sin ocupacion, y por consecuencia, aburrido y desgraciado.

La señora Berthaud era aun mucho mas infeliz que su hijo, viéndose obligada á vivir en la molicie y en

medio de una fortuna imprevista. Todo la molestaba y la entristecía: la infeliz no se atrevía á mandar á sus elegantes criados, cuyo tono impertinente y altanero la obligaba á guardar silencio: los hermosos muebles no lisonjaban ni su regalo, ni su vanidad; pero sí contrariaban sus costumbres sencillas y graves: así es que ni el elegante tocador que su hijo le había regalado, ni la abundancia de dinero que no convenían ni á su salud ni á su sobriedad, la podían minorar en nada aquel disgusto interior que atormentaba sin cesar á la buena anciana. Esta mujer dulce y benévola, esta madre de familias digna y piadosa, se encontraba como extranjera en medio de aquel mundo á donde su hijo la había conducido; mundo brillante y ligero, que no podía estar en armonía con el gusto sencillo y modesto de la señora Berthaud. Para ella los placeres con que la brindaba París, no tenían ningun aliciente: todo su afán era, como se lo decía á Octavio, distribuir parte de sus nuevas riquezas entre los seres mas necesitados; pero aun así sus buenas intenciones se vieron burladas. Los intrigantes que abundan siempre en las poblaciones grandes, excelentes cómicos de virtud y de miseria, abusaron de la crédula bondad de la señora Berthaud: y hubieran casi apagado su caridad, si la caridad cristiana pudiera apágarse alguna vez, y si no estuviera opoyada sobre la esperanza y sobre la fe.

Octavio procuraba persuadirse del mejor modo po-

sible, y contra la convicción de su propio disgusto, de que era solo una idea de su imaginación la marcada tristeza que veía impresa en la frente de su amorosa madre. El se llamaba dichoso, y hubiera querido de buena gana creer que lo era, pero una extraña revolución se notaba en su carácter. Sus esperanzas engañadas le irritaban: el disgusto que le perseguía por todas partes estaba fijo en todos sus pensamientos: descontento de sí mismo, y descontento de los demás, veía sobre todo con un disgusto inexplicable, el oculto pesar de su madre, y la inutilidad de las riquezas para constituir la dicha del hombre; verdad que él quería encubrir á su propia razón, pero que le perseguía por todas partes, en las diversiones, en las reuniones, donde encontraba tantos secretos disgustos, y en su casa, donde su madre procuraba en vano disimular bajo una aparente calma, los sentimientos de su corazón.

En estos instantes de amarga convicción, se irritaba Octavio contra todo lo que le rodeaba. No se le podía decir nada sin herirle: sus mas bellas cualidades parecían ya desnaturalizadas: la compasión misma, virtud sublime que había heredado de su buena madre, se había cambiado en altivez y en dureza: porque no había recibido con la riqueza las nobles tradiciones de una generosa benevolencia, legado hereditario de algunas familias.

Un día avisaron á Octavio que un joven pregunta-

ba por él: salió á ver quién era y lo que le quería, y al cabo de algunos minutos volvió á entrar á la sala con aire descontento y sombrío. Se paseó algunos instantes guardando el mayor silencio, y volviéndose en fin hácia su madre que le observaba, exclamó!

—¡Concebid lo que son estas gentes!. . . . Ved ahí al hijo de Morel, nuestro antiguo vecino de Cosne, que viene como él dijo, á valarse de mí, á solicitar mi apoyo en sus apuros. . . . Venia á ver cómo me podía sacar algunos centenares de francos. . . . ¡como si yo hubiera ido á América con el fin único de adquirir algo para ellos!. . . .

—Pero Octavio: tal vez ese infeliz se encuentra en una afliccion extrema.

—Así lo dice él; ¿pero quién nos asegura que eso es la verdad?

—Son muy buenas gentes todos los Moreles. ¿Qué es lo que te ha dicho ese pobre muchacho?

—Que es ebanista que ha trabajado por su cuenta, que ha perdido mucho dinero por las quiebras de algunos y por la enfermedad de su mujer: que tiene que pagar mañana una libranza de quinientos francos. . . . que no tiene ni medio real. . . . y en fin que si no paga le conducirán á la cárcel. . . .

—¿Y él te ha pedido?. . . .

—¿Que le preste la suma que le falta, jurándome que me pagará interés y principal.

—¿Y tú que le has respondido?

—Le he negado lo que me pedia. . . . Seria el cuento de nunca acabar si fuese preciso oír á todos, albañiles, comerciantes en pequeño, escribanos, agentes de beneficencia, loterías. . . . esto es una enfermedad; y todo el oro de Californias no seria suficiente.

—Sí, gracias al cielo. . . . De almas caritativas es pedir á los ricos lo superfluo, para aplicarlo á las necesidades de los pobres. Pero Morel ¿qué te ha dicho?

—Se retiró dándome mil excusas.

—¡Ah! ¡Octavio!. . . .

—¿Me condenais? ¿he hecho algun agravio á ese hombre? ¿Por qué no se quedó de jornalero lo mismo que su padre? ¿por qué se estableció? ¿para qué tuvo esa sed de ganar?. . . .

—¡Octavio!. . . . volvió á decir la señora Berthaud que habia palidecido oyendo la diatriba de su hijo.

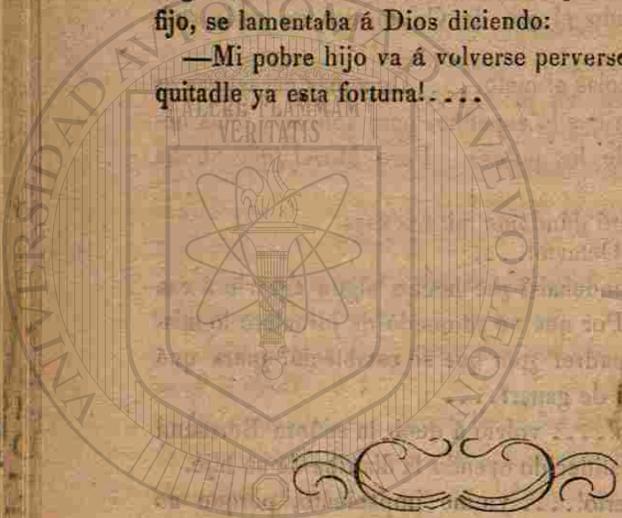
—¡Es cierto!. . . . yo me impaciento, porque no puedo encontrar la paz en ninguna parte, ni en la calle, ni aquí. . . . vos parece que sois desgraciada, y estas gentes me acosan como á un animal montés. . . . ¡Y todo esto porque soy rico!. . . .

—Tus riquezas, hijo mio, servirán siquiera por la vez primera para alguna cosa útil. Yo voy á enviar á Morel los quinientos francos.

Octavio no se atrevió á responder á estas palabras pronunciadas con la autoridad de una madre; pero su cólera se tornó en una profunda tristeza.

Por la noche volvió á ver á la señora Berthaud y le dió todas las excusas necesarias, que la buena madre recibió con dulzura, aunque sentía en su corazón una angustia incurable. Retirada á los pies de su crucifijo, se lamentaba á Dios diciendo:

—Mi pobre hijo va á volverse perverso: ¡quítadle, quítadle ya esta fortuna!....



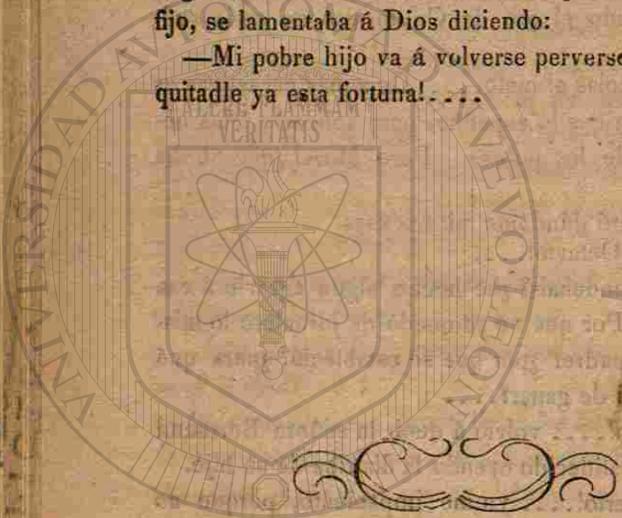
X.

PODER DEL ORO.

Ya llevamos dicho que Octavio había renovado sus relaciones con Enrique Clusaye su antiguo amigo. Entre tanto este, no bien supo la repentina fortuna de su compañero de colegio, no pudo reprimir un movimiento exterior de sorpresa, ni un movimiento de envidia en su interior. Había hasta entences apreciado á Octavio considerándolo como á igual suyo; pero al verle enriquecido, al verle colocado sobre el pedestal á que él procuró subir con mil penas, no lo juzgó ya como su amigo, sino como á un objeto de

Por la noche volvió á ver á la señora Berthaud y le dió todas las excusas necesarias, que la buena madre recibió con dulzura, aunque sentía en su corazón una angustia incurable. Retirada á los pies de su crucifijo, se lamentaba á Dios diciendo:

—Mi pobre hijo va á volverse perverso: ¡quítadle, quítadle ya esta fortuna!....



X.

PODER DEL ORO.

Ya llevamos dicho que Octavio había renovado sus relaciones con Enrique Clusaye su antiguo amigo. Entre tanto este, no bien supo la repentina fortuna de su compañero de colegio, no pudo reprimir un movimiento exterior de sorpresa, ni un movimiento de envidia en su interior. Había hasta entences apreciado á Octavio considerándolo como á igual suyo; pero al verle enriquecido, al verle colocado sobre el pedestal á que él procuró subir con mil penas, no lo juzgó ya como su amigo, sino como á un objeto de

enconosa envidia. Si; según la negra máxima de La Rochefoucauld, algunas almas miserables encuentran una causa de secreto placer hasta en la desgracia de sus mejores amigos: sus dichas les deben inspirar un sentimiento de tristeza. Enrique poseía una de estas almas; pero Octavio jamás sospechó tal cosa, porque continuamente se veía rodeado de los testimonios de la mas afectuosa amistad de parte de su antiguo compañero. Así es, que persuadido de sus buenos sentimientos le pidió consejo para sus negocios, le hizo el depositario de toda su confianza, le encargó y nombró al fin como agente de cambio, donde colocó todos sus fondos.

Una mañana, Octavio y su anciana madre se desayunaban juntos: el diario se encontraba sobre la mesa: el buscador de oro lo tomó y fijó la vista en los anuncios, uno de los cuales llamó su atención: lo leyó atentamente, y después le dió el papel á su madre diciéndola.

— Tened: el castillo de R. . . . situado en las orillas del Loira está en venta. Vos le conocéis, es sumamente hermoso: su posición es encantadora. . . . . tengo anhelo en hacer esta adquisición. . . . Viviremos en el campo. . . . . Este Paris me enfada ya.

— Es el mejor partido que podíais tomar. Octavio: yo espero que mas tarde aplaudirás tu pensamiento.

— Voy á escribir á Enrique que me guarde mis fondos. Me dará gran pesar si tan buena ventura se

me escapa de las manos.

El día concluyó sin que Octavio hubiese recibido contestación á su carta.

— ¡Es cosa extraña! . . . dijo al anoecer. Quizá está malo Enrique: hace algun tiempo que no le veo! Mañana mismo iré á verle.

Al siguiente día, Octavio, preocupado por el nuevo deseo que habia concebido llegó muy temprano á casa de Clusaye. Fatigado después de ocho meses de experiencia, de la vida ruidosa de Paris, deseaba el reposo de la campiña, los trabajos del campo, la existencia tranquila del propietario. Pensaba en su parque, en su invernadero, y en su granja se figuraba en su imaginación todas las satisfacciones que iba á disfrutar en sus futuras posesiones á cuyo dueño habia envidiado tantas veces, y que, dentro de pocos días, iban á ser suyas. En estos sueños, llegó á la puerta de la casa de Enrique: el portero le detuvo en el instante en que iba á subir, diciéndole:

— El señor Clusaye ha salido para un viaje bastante largo.

— ¿Qué es lo que decís? ¡Clusaye se ha marchado! . . . . ¿Pero á donde?

— Lo ignoro, señor.

— ¿Cuánto tiempo hace que partió?

— Diez días.

— ¿Nada dijo, ni nada ha dejado para mí? . . . . para Berthaud.

—Absolutamente nada.

Octavio salió de la casa como si fuese víctima de un fuerte delirio. No comprendía nada de cuanto le pasaba y no se atrevía tampoco á llevar su pensamiento hasta el punto que casi entreveía.

Despidió su birlocho, y sin él, y á pié marchó por las calles, dominado de una agitacion nerviosa que aquel instante se enseñoreó de su imaginacion, de su voluntad y de su reflexion. De repente vino á encontrarse con otra persona que al verle exclamó con acento sorprendido.

—¡Berthaud! . . . ¡eres tú! . . .

Octavio alzó los ojos y reconoció en el que hablaba á un antiguo estudiante del colegio de Minas, su condiscípulo; el cual volviendo á tomar la palabra, le dijo con rapidez.

—¡Y bien! . . . ¿sabes las novedades que hay?

—¿Cuáles?

—La quiebra de ese malvado Clusaye: no se habla de otra cosa: se ha largado, llevando segun dicen, una gran riqueza, y dejando un inmenso déficit.

—¡Se ha fugado! . . . tartamudeó Octavio, sintiendo que flaqueaban sus rodillas.

—Sin duda alguna. En este instante se encuentra ya en alta mar. ¿Pero qué tienes?

—Tengo . . . tengo, que esas riquezas con que se ha ido eran mías . . . se lleva toda mi fortuna.

—En efecto, tu has venido muy rico de California.

¡Ah! yo siento mucho este contratiempo, amigo mio!

—¡Se fué! . . . ¡se fué! . . . ¡sin duda es todo un sueño! . . . ¡un amigo de quince años! . . .

—No sueñas, no: mira, estamos cerca del tribunal del comercio: entremos, y sabrás lo que ha hecho ese amigo de quince años.

Octavio se dejó conducir, y en pocos minutos supo con toda certeza la noticia de su completa ruina. Clusaye, cuyos negocios se hallaban emborrascados hacia largo tiempo, se ensayó en el agiotaje con los fondos de su confiado amigo: los cambios de la bolsa signieron siéndole contrarios: hostigado por sus acreedores, criticado por todas partes por sus trampas, celadas que él mismo se había tendido, puso el sello á sus maldades dejando la Francia, y llevándose toda la fortuna que había puesto Octavio en sus manos. Se sabía que se había embarcado en un navio que marchaba para la isla Mauricio.

Al adquirir Octavio por sí mismo estas funestas noticias, se quedó abrumado de pesar, y en su incomprendible dolor repetía sin cesar:

—¡Un antiguo amigo! . . . ¡Un amigo de la infancia! . . . ¡Ved ahí el poder del oro! . . .

Ya la desgracia volvía á inundar de dolor su alma; y le era mucho mas sensible la perfidia de un amigo de quien tanta confianza había hecho que la pérdida de sus riquezas y de sus esperanzas.

Vuelto á su casa, no se atrevía á informar á su ma-

dre de lo que **había** pasado: la fiebre y la inquietud le agobiaban, y fueron al fin el origen de una larga y penosa **enfermedad**. En su delirio, hablaba ya del castillo donde **esperaba** vivir dichoso, ya de Cosne y de su agradable **casita**; y algunas veces dirigía algunos insultos á Clusaye á quien creía ver andar al rededor de su **lecho**; pero al fin su sana y robusta constitucion triunfaron de la enfermedad.

Despejada entonces su cabeza y despierta su razon, pudo cerciorarse de cuanto pasaba junto á él, y vió á su cabecera á su amorosa madre, á Fernando y á Eugenia. El desgraciado Octavio les alargó su seca mano diciendo:

—¡Ah, sois vosotros, queridos míos!... ¡Cuán to he padecido! ¡Cuán desgraciado soy! No he tratado mas que con malvados, y voy á volverme malvado como ellos.

—Dios y mis disposiciones lo dirán, dijo Fernando sonriendo.

—Si: estoy arruinado, lo sé; pero no me causa pena el golpe que he sufrido, porque me parece que voy á ser mas dichoso pobre y trabajando.

—Si es así, puedo decirte sin temor, que el buque de Clusaye ha perecido, y que ninguna esperanza te queda.

—¡Desgraciado Enrique, el dinero corrompió su corazon! y yo... yo estoy completamente sano de mi fiebre y de mi ambicion.

Y lo estaba en efecto: de suerte que cuando su convalecencia fué perfecta, corrió á recobrar con todo afan su destino en los talleres de Cosne. Su inteligencia le aseguró una carrera honrosa; pero desde entonces temia á la fortuna tanto como la habia amado en otro tiempo.

Apreciaba la sencillez, tanto como la habia desdeñado; y gozaba satisfecho de los placeres que proporciona el trabajo y la mediocridad. Volvió á ser bueno en cuanto fué dichoso por su ocupacion; y hoy repite á menudo en medio de su familia, sentado cerca de su anciana madre y teniendo á su sobrino sobre sus rodillas:

—Aborrezco y desprecio el oro; porque estoy firmemente persuadido que es poderoso para el mal é impotente para hacer la felicidad del hombre.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# INDICE.

<u>CAPITULOS.</u>	<u>PAGINAS.</u>
I. Proyectos para lo futuro.....	5
II. La carta.....	11
III. La partida.....	19
IV. La California.....	23
V. El misionero.....	33
VI. El indio Pablo.....	41
VII. Golpe de fortuna.....	47
VIII. La vuelta.....	55
IX. Paris.....	67
X. Poder del oro.....	75





INDICE

CONTENIDO

I	Prolegomenos
II	La cultura
III	La filosofía
IV	La ciencia
V	El arte
VI	El lenguaje
VII	El espíritu
VIII	La religión
IX	La política
X	La economía
XI	La sociología
XII	La psicología
XIII	La pedagogía
XIV	La medicina
XV	La agricultura
XVI	La industria
XVII	La minería
XVIII	La energía
XIX	La aviación
XX	La navegación
XXI	La astronomía
XXII	La geología
XXIII	La botánica
XXIV	La zoología
XXV	La fisiología
XXVI	La anatomía
XXVII	La fisiología animal
XXVIII	La fisiología humana
XXIX	La fisiología vegetal
XXX	La fisiología mineral

# LA CAJA DE ORO

POR MADAMA DE GOMEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*M. L.*

## LA CAJA DE ORO.

No hay deseo mas cruel que el de la venganza, cuando una vez se ha apoderado del corazon; y la sola idea de las desgracias en que uno se expone á caer queriendo satisfacerle, debería obligar á los hombres á garantirse con cuidado de cobrarse odio uno á otro, puesto que es el manantial de todas sus penas, destruyendo los mas sólidos fundamentos de la sociedad, y que se convierte á menudo en el origen de la desgracia de sus hijas.

El marqués da Salvian y el conde de Sonde eran dos ricos señores del Rousillon: sus tierras, que estaban á corta distancia de Perpiñan, pasaban por las mas considerables del pais, y la magnificencia con que vivian habria ofrecido á sus amigos una fuente inagotable de placeres, sin la cruel enemistad que reina baentre ellos. Esos dos señores, arrastrados

por una antipatía recíproca, fijaban toda su atención en destruirse. Los límites de sus tierras, los de su casa y las prerogativas de los derechos señoriales que pretendían tener en perjuicio uno de otro, fueron al principio los motivos que sirvieron de pretexto á su odio; pero las cosas llegaron á tal exceso por parte del conde de Sonde, hombre violento, terco y de un carácter difícil, que el marqués de Salvian se vió obligado á trabajar en su pérdida para impedir la suya propia; y como tenía poderosos amigos en la corte, redujo bien pronto á su enemigo al último extremo. En efecto, el conde se vió en menos de un año privado de todos sus bienes, perseguido en su honor y forzado á abandonar su patria: Ese golpe infortunado había sido precedido de la muerte de una esposa que le era cara, á quien el nacimiento de una hija única había costado la vida. Esta inocente criatura, que aun no tenía un año, no fué capaz de detener al conde. El dolor de la pérdida de su mujer y la desesperación de su estado ahogaron en su corazón los impulsos de su naturaleza y le hicieron dejar á su hija sin cuidarse de lo que sería de ella. Sin embargo, en el momento de su marcha impelido por la ternura paternal, la besó bañando su cara de lágrimas, y le puso en el brazo una cajita de oro cuyo secreto sabía él solo, recomendando á su nodriza que jamás se la quitase: y repartiendo

con ella una parte de los restos de su fortuna; partió y salió del reino sin que nadie pudiera saber adonde había dirigido sus pasos.

Habiendo su fuga indispuerto aun mas los ánimos contra él, sus enemigos, y con especialidad el marqués de Salvian, no omitieron nada para que no tuviera ningún recurso. Sus tierras fueron vendidas y sus bienes confiscados; y lo que él habría podido salvar con su presencia, fué saqueado por la justicia. La nodriza de la jóven Elena, así se llamaba la hija del conde, no viendo ya asilo para ella y temiendo que el furor del marqués de Salvian llegase hasta el punto de arrancarle aquella niña, hizo correr la noticia de su muerte y se retiró al lado de un hermano que tenía en un pueblo llamado Elne, en las cercanías de Perpiñan. El marido de esa mujer acababa de morir, por lo que, libre de su persona y creyendo poder criar á Elena en aquel pueblo sin ningún peligro, ocultó á su hermano su nombre y su nacimiento.

Thibaut, así se llamaba el paisano, era un hombre honrado. Su nacimiento rústico y su vida grosera no habían producido sus efectos mas que en el exterior: un mal lenguaje y maneras lugareñas en un alma digna de otra suerte. Generoso, tierno, compasivo, lleno de sensatez y franqueza, recibió á su hermana y á la niña Elena con entrañas de padre,

y encantado de serles útil, solo se ocupó del cuidado de aliviarlas sin cuidarse de los motivos de su miseria. Estaba viudo y sin hijos, y varios caseros que habia tomado en arriendo y que su trabajo asiduo habia hecho valer, le habian puesto en estado de comprar una pequeña posesion en el pueblo de Elne, en donde vivia bastante cómodamente con su trabajo.

Ese fué pues el retiro que escogió Marina, hermana de Thibaut y nodriza de Elena. El buen hombre, encantado de esa compañía que venia á compartir su soledad, hizo á su hermana una acogida llena de amistad y, sin preguntarla nada, se contentó con saber de ella que habiéndosele confiado la niña sin conocer á sus padres, la habia criado con cuidado, habiendo recibido de los desconocidos que se la habian entregado una gruesa suma de dinero; y que desde entonces, no habiendo oido hablar de nadie que la reclamase, y habiéndola cobrado un amor de madre, habia venido á su casa para estar allí mas tranquila á sus anchuras, en atencion á que se habian aminorado sus recursos con la muerte de su marido. Thibaut la consoló, la dió gracias por su confianza, y le aseguró que no le saltaria nada. En efecto, cobró tauto afecto á la niña Elena, que la llamaba su hija, y queria que ella se acostumbrase á llamarle su padre.

Seis años trascurrieron de esa suerte, y en ese intervalo Elena se hizo tan bella, y con sus gracias infantiles daba tantas muestras de su ilustre origen, que Thibaut, por un principio de religion, se creyó obligado á darle una educacion cási conveniente á lo que ella podia ser.

—No corremos ningun riesgo en educar á Elena como una niña de alta condicion, dijo á su hermana. Si el cielo le ha hecho nacer tal, no tendremos que vituperarnos el haberla hecho una aldeana; si su origen no es noble, tendremos el placer de hacerla digna de algun buen partido, y en todo caso, se me figura que vale mas educar una lugareña como una persona de distincion, que el educar una niña de distincion como una lugareña.

Este discurso, inspirado por sentimientos de honor y dictado por la sensatez, causó un extremado placer á Marina, que no habia osado manifestarle el deseo que tenia de dar cierta educacion á aquella niña. Sin embargo, como Thibaut habia sido mucho tiempo arrendatario del marques de Salvian, no quiso jamás decirle nada que pudiera hacerle sospechar el nacimiento de Elena: pero temiendo los ojos de personas mas ilustradas, le respondió que aprobaba su designto, que solamente era preciso reflexionar que el misterio observado cuando se la dieron á criar era una prueba infalible de que habia algo que temer

y que de consiguiente era preciso no exponerla á las miradas de ciertas gentes.

El bondadoso Thibaut comprendió desde luego de qué se trataba, y halló expedientes á todo, no dando á Elena mas que maestros de aldea. Así quedó convenido que el maestro, que por fortuna era el mas sabio, le enseñaria el latin, que el sochantre de la parroquia le enseñaria la música, y que el ministril le enseñaria el baile. Este proyecto se ejecutó al pié de la letra, y todos los momentos de Elena fueron empleados en la perfeccion de su bello natural, como decian Thibaut y Marina; pero bien pronto vieron estos con asombro que la naturaleza, en esa ocasion superaba al arte, y que la discípula perfeccionaba á los maestros, pues Elena se habia hecho en muy poco tiempo muy superior á los que la enseñaban y hasta les mostraba cosas que ignoraban. La hermosura, cuyo brillo se unia á todas las otras prendas, la dulzura y la obediencia con que llenara sus deberes hácia Marina y Thibaut, le granjearon el afecto de estos de tal modo que hacian de ella su divinidad y parecian no respirar sino por ella.

Pero cuando mas perfecta iba siendo, tanto mas la ocultaban de las miradas del gran mundo, esperando siempre que alguna feliz aventura cambiase su destino. Elena habia llegado á los quince años, cuando Marina fué atacada de una enfermedad mortal. Thi-

baut no descuidó nada para su cura, y la jóven Elena, que la creia su tia, la hizo ver con sus tiernos cuidados lo muy cara que le era su vida; pero las atenciones de uno y otro no pudieron salvarla, y la fiel criada de la condesa de Sonde, sintiéndose próxima á espirar, llamó cerca de su lecho á Thibaut y Elena, y, reuniendo todas sus fuerzas para abrazarlos, dijo:

—Hermano mio, la muerte va á separarnos muy pronto y á quitarme la esperanza de reconocer las obligaciones que te debo; te dejo en la persona de Elena un tesoro que te recompensará de tus generosas bondades. No permitas que ella se case nunca con un hombre de poco valer; es de sangre ilustre, mi deber y mi fidelidad me han forzado á hacerte un secreto de su nacimiento. Su padre quizás vive aun, y la reclamará algun dia. Como quiera que sea, Elena lleva en su brazo un presente de su mano que le facilitará su reconocimiento, porque él solo tiene el secreto en esa caja, y como tú me has dado demasiadas pruebas de tu afecto hácia ella para temer que jamás la expongas á los ojos de sus perseguidores, te declaro que es hija del conde. . . .

No pudo concluir: una debilidad general la hizo caer como muerta en los brazos de la triste Elena, que creyó morirse viendo perecer con ella una declaracion tan necesaria á su reposo.

Thibaut, por su parte, estaba en una verdadera desesperacion por haber sabido tan tarde una cosa que creia haber merecido se la confiaran antes. Sin embargo, hizo poner en práctica todo el arte de la medicina para hacer á su hermana volver en sí, y se logró; pero solo por algunos momentos y sin que le fuese posible hacerla articular una sola palabra. Habiéndola acometido enteramente los horrores de la muerte, falleció al cabo de una hora de ese desmayo dejando á la bella Elena y al generoso Thibaut abrumados de dolor. El de la amable jóven tenia muchos motivos. Como siempre habia creido á Marina su tia y á Thibaut su padre, le parecia un deber el sentir la muerte de una pariente que la habia amado tan tiernamente, pero cuando supo que aquella mujer no era su pariente y que no debía sus cuidados y los de su hermano mas que á la bondad de su corazon, la gratitud reemplazó en el suyo á la sangre y á la naturaleza, pareciéndole que debía mucho mas á unas personas que la habian criado, educado y amado como á su propia hija sin que lo fuese, que á los que le habian dado la vida que por una indispensable necesidad debian de hacer lo mismo y que sin embargo parecian haberla abandonado. Ese generoso impulso fué el primero que la hizo sensible á la muerte de Marina; y cuando la reflexion unió á él la oscuridad que esa pérdida derramaba

sobre su destino, tuvo necesidad de toda la razon de que la habia dotado el cielo para no sucumbir bajo ese golpe imprevisto. Thibaut no pensaba con tanta delicadeza, pero obraba con la misma sensatez, y aunque no entrevió como ella toda la desgracia de semejante misterio, no dejaba de juzgar que ella debia estar muy conmovida. Persuadido de esta verdad por las lágrimas que la veia derramar, la consoló como mejor pudo.

—No sé, le dijo, si os hubiera sido mas ventajoso el creer que érais mi hija que el saber que sois de alto linaje sin conocer á vuestros padres; pero sé que siempre me consideraré como vuestro padre, y para probároslo mejor os declaro que seáis lo que fuereis, sereis mi heredera. Mis bienes no son bastante considerables para haceros una posicion cual mereceis; pero si quereis permanecer conmigo, no omitiré nada para haceros olvidar vuestro infortunio. Haré mas; si lo que os ha dicho Marina os hace mirar con desprecio la situacion en que os hallais, estoy pronto á vender todo cuanto tengo y sacar de ello una suma capaz de manteneros en un convento, y ganar mi vida como pueda, para asegurar vuestro reposo.

Semejantes sentimientos presentados sin rodeos ni artificio, y cuyo adorno consistia en la sinceri-

dad, no podia menos de enternecer una alma virtuosa.

—No, padre mio, le respondió Elena, yo no quiero dejaros; no os ocultaré que siento un vivo dolor por el misterio de mi nacimiento, y que los impulsos de mi corazón me han anunciado siempre que era superior al vuestro: pero no me inducen á ruborizarme de pasar por vuestra hija, y creería merecer mi triste suerte, si aceptase la oferta que me haceis de sacrificarme el fruto de vuestras penas y largos trabajos. Yo he nacido con sentimientos elevados; os creía mi padre y no me ruborizaba; la gratitud en esta ocasion debe igualar á la naturaleza; no soy vuestra pariente, y sin embargo habeis hecho por mi todo lo que un padre está obligado á hacer por su hija; habeis adquirido ese título por cuidados y atenciones que yo debo de pagar con toda mi ternura; entrando en un claustro, os empobreceria y no estaria allí tan bien como á vuestro lado. La Providencia hará de mí lo que quiera, y yo me someto á sus decretos; pero no os abandonaré.

El generoso aldeano, no sintiéndose con bastante elocuencia para responder á este discurso, no replicó sino con lágrimas de gozo. Dió gracias á la hermosa Elena, como si esta le hubiese dado una grande fortuna, y la aseguró que la trataria no solo como á una hija, sino como á un ángel enviado del

cielo para consuelo de su vejez. Esta conversacion, habiendo conmovido á uno y otro, terminó con lágrimas y nuevos testimonios de gratitud y celo. Como la muerte de Marina quitaba á Elena una mujer útil, Thibaut, que no queria que esta tuviese ninguna fatiga en su casa, tomó dos aldeanas para servirle, y no omitió nada para hacerle su soledad menos desagradable. La hechicera jóven tenia demasiado talento y virtud para disgustarse: sometida á la voluntad del cielo, lejos de quejarse de su destino, empleaba una parte de su tiempo en darle gracias por haberla hecho caer en manos tan caritativas y le rogaba sin cesar derramase sobre Thibaut sus divinos favores, á fin de que fuese la recompensa de sus cuidados y atenciones. Tanta piedad no podia menos de tener un premio digno de ella.

Diez y ocho meses habian trascurrido desde la muerte de Marina, y la amable Elena tocaba ya á sus diez y siete años cuando, paseándose un día con un libro en la mano por un espeso bosque bastante lejos de la casa de Thibaut, mientras que este hacia acarrear cepas que le eran necesarias, un lobo terrible y hambriento echó á correr hácia ella con tanto furor que la fuga y los gritos de Thibaut no la habrian preservado de ser devorada, sin el socorro de un jóven cazador que, con la escopeta al hombro, dirigia sus pasos hácia aquel lado. Habiendo los re-

doblados gritos de Elena y del viejo guiado sus miradas, vió al animal y el peligro de los que gritaban: pero ver el lobo, disparar y matarle, fué cosa de un momento.

Ese tiro casi milagroso hizo adelantar á Thibaut, quien reconociendo al que acababa de salvar á Elena, principiaba á hacerle grandes cumplimientos acompañados de un profundo respeto, cuando el cazador, cuyos ojos no se habian fijado siquiera en el lobo, sino en el objeto que habia querido devorar, se aproximó á la hermosa jóven á quien el temor del peligro, el asombro del socorro y la vista de su libertador habian dejado casi inmóvil.

—Este Jia será el mas hermoso de mi vida, dijo saludándola, puesto que se ha marcado con la salvacion de la vuestra y la felicidad que me ha conducido á su socorro. Pero, añadió mirándola tiernamente, temo mucho que la muerte de ese animal sea causa de la pérdida de mi corazón.

—Mi padre y yo tendríamos un justo motivo para afligirnos, le respondió Elena ruborizándose, si el servicio que acabais de hacernos os fuese contrario.

—¡Cómo! repuso el cazador asombrado volviéndose hácia el viejo. Mi querido Thibaut, ¿es hija vuestra esta hermosa jóven?

—Sí, señor, respondió este, es el consuelo de mi

vejez y el único bien precioso para mí. Uno y otro vivimos en una grande soledad, y el poco uso que ella tiene del mundo debe haceros disculpar las faltas que puede cometer.

—Yo solo soy el que debe temer cometerlas, replicó el cazador. Pero, Thibaut, no os perdonaré el haberme ocultado este tesoro, hasta que me acordeis el ir algunas veces á vuestro retiro.

El aldeano respondió con profundas reverencias y no parecia léjos de acordar lo que se le pedia, cuando Elena dijo con modestia:

—No tenemos nada, señor, que sea digno de atraeros. Una jóven sin madre y de una condicion tan humilde como la nuestra, no debe comunicar con aquellos que son tan superiores á ella. Contentaos con nuestra gratitud y no disminuyais con una vana curiosidad el precio de la accion que acabais de hacer.

—Antes moriría que desagradaros, respondió el cazador. Pero cuando me conozcais, me lisonjeo de que mi vista no os será importuna. Tengo algun poder en estos lugares, y dueño de mi persona y mis bienes, soy libre de hacer con ellos una suerte feliz á aquellos que lo merecen por su virtud.

Los acompañó hablando de esta suerte hasta su habitacion, y después de muchos discursos en el mismo tono, á los que Elena respondió siempre con tan-

to talento como cordura, se volvió tan lleno de amor como de admiracion. El jóven cazador era capaz de interesar un alma menos sensible que la de Elena, y la obligacion que esta acababa de contraer hácia él, unida á los encantos de su persona, puso bien pronto su tierno corazon en una situacion poco diferente de la suya, y no pudiendo resistir al deseo de conocerle, así que se halló sola con Thibaut le preguntó su nombre.

—Es el marqués de Salvian, la respondió. No hace mas que dos años que ha muerto su padre; único heredero de sus bienes, que son considerables, es uno de los mas ricos señores del país. Podía tener como unos doce años cuando Marina os trajo aquí, y ahora podrá tener como unos veintinueve. Yo he servido largo tiempo al marqués su padre, y como desde su muerte el hijo ha hecho muchas adquisiciones en este canton, tengo que guardarle miramientos. No está casado, y creo haber notado que no le sois indiferente. ¡Ah! hija mia, añadió el viejo, ¡qué contento moriría si mi retiro os hubiese procurado semejante fortuna!

Esta exclamacion hizo suspirar á Elena por las humillantes reflexiones que le sugirió.

—Los hombres de esa condicion, le dijo, no aspiran sino á las que pueden aumentar su rango y su fortuna, y cuando ponen la vista en las que le son

inferiores, es con designios tan contrarios á la virtud, que mas bien hay que ruborizarse que gloriarse de ello. El marqués de Salvian es amable, yo le debo la vida, y hasta siento una secreta inclinacion unirse á mi gratitud; pero á pesar de estos impulsos involuntarios, en vano me ofrecería su mano y su corazon, si no los acompañase su fe, y sea cualquiera su rango, si él se desconociese hasta el punto de creer que me haría sensible por vias ilícitas, no sería para mí mas que un objeto de desprecio. De consiguiente tratemos de evitar una esperanza seductora. Salvian os cree mi padre, y nuestro estado rústico le lisonjea quizás con una indigna condescendencia: ponédle coto á esas ideas, y que el deseo de una felicidad quimérica no os ciegue hasta el punto de haceros el instrumento de mi pérdida creyendo serlo de mi fortuna.

Thibaut, que solo tenía sentimientos de hombre honrado, la aseguró que no haría nunca nada contra su honor, añadiendo que tenía que obrar con circunspeccion con Salvian, por haber sido de su casa; que era preciso recibirle si venía; pero que si sus visitas llegaban á ser demasiado frecuentes, le hablaría de manera que terminase de un modo ú otro en ventaja suya.

Mientras que Elena y Thibaut no pensaban mas que en tomar precauciones contra el marqués de

Salvian, este por su parte sólo pensaba en los medios de atraerlos á su castillo. Este jóven señor reunia en su persona todas las prendas que hacen un cumplido caballero; era adorado de toda la provincia, y se habian presentado los mejores partidos para inducirle al matrimonio; pero demasiado difícil en la elección de una esposa, y prefiriendo el juicio y sensatez á todas las otras ventajas, su corazón no habia podido determinarse. La vista de Elena acababa de hacer en un instante lo que no habian podido hacer muchas jóvenes beldades en muchos años; sus gracias, su modestia y los encantos de su talento, le habian asestado un dardo de que no habia podido garantirse; pero aunque su amor fuese tan violento como pronto, no se entregó á él sino despues de haberlo combatido con todas las razones capaces de detener sus progresos. Virtuoso por naturaleza, no examinaba sin dolor la necesidad de no formar mas que una intriga con una jóven que parecia merecer un afecto mas sólido. Por otra parte, como su nacimiento no le permitia empeñarse mas, sentia una repugnancia extrema á destruir una inocencia que el título de lugareña no le dispensaba de respetar. Además, aquella hija de Thibaut habia hecho ver en sus discursos un orgullo que le alarmaba; no osaba lisonjearse de hacerse amar de ella, y volviendo siempre á su principio natural, le pare-

cia odioso al querer atacar el honor de aquella á quien acaba de salvar la vida.

Un hombre capaz de hacer esa especie de reflexiones al principiar á amar, cesa fácilmente de ser cuerdo en el curso de su pasión. El marqués de Salvian hizo esta prueba, y aunque todos sus raciocinios no le impidiesen abandonarse á su amor, no pudiendo vencerlo, resolvió arreglarlo segun el carácter de la que él amaba, y conocerle tan perfectamente que no pudiera equivocarse. Pasó en estos sentimientos el resto del día y una parte de la noche, sin que el sueño le apartase de pensar en la bella aldeana, cuyos tiernos atractivos ocupaba sin cesar su imaginacion, y habiéndose levantado mas enamorado aun que la vispera, montó á caballo y sin ninguna compañía se fué á casa de Thibaut. Elena estaba con este, y aunque se prometia esta visita, no dejó de turbarla y ruborizarla. El marqués lo percibió, y para disipar su embarazo, dió por pretexto de su llegada la inquietud en que le habia puesto sobre su salud la aventura del lobo, temiendo que el susto la hubiese alterado.

Elena le respondió cortésmente que la prontitud del socorro no le habia dado tiempo para asustarse, y que en aquel momento su corazón solo se habia agitado por la admiracion y la gratitud. La gracia con que acompañó sus palabras pusieron á Salvian

fuera de sí mismo, y no pudiendo menos de dar vuelo á algunas chispas del fuego que le devoraba le dijo mil cosas galantes y lisonjeras, á las que ella respondió siempre con talento, sin salir jamás de su modestia ordinaria, y como derramaba en sus discursos una delicadeza que no correspondia á su rústica condicion, causó á Salvian un asombro inconcebible. Sin embargo no lo manifestó, y continuando en el proyecto que habia formado, dijo á Thibaut que queria ver su casa.

El viejo obedeció y le condujo con Elena á todos los puntos de su morada campestre, cuyo principal adorno consistia en un jardin mas lucrativo que agradable, pero cuidadosamente cultivado. Su casa estaba situada bastante bien, con una magnífica vista, pero de una sencillez que Elena se ruborizó mas de una vez por la curiosidad del marqués, que dirigia sus pasos á todas las piezas con tanto cuidado como si hubiese de hallar allí algunas cosas raras. Como la de la jóven era la mas notable para él, se paró en ella lo mas posible, y viendo algunos libros sobre la mesa, los hojeó; pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver que todos eran latinos y de los autores clásicos! Miró á Thibaut y le preguntó riendo desde cuándo era sabio. El buen hombre respondió ingenuamente que no entendia nada de todo aquello, pero que habiendo Elena manifestado desde su

infancia aficion á las ciencias, la habie hecho aprender todo lo que una jóven podia saber, y que los conocimientos que habia adquirido en el estudio hacian entonces su mas dulce ocupacion y encantaban la soledad en que pasaba su vida.

Ese discurso redobló el asombro de Salvian; y queriendo ilustrarse mas, después de tributar mil elogios á la hechicora jóven por sus inclinaciones tan nobles, hizo girar la conversacion sobre diferentes materias, sobre las que ella se expresó con tanto talento y exactitud que el marqués quedó encantado.

—Todo lo que veo, dijo entonces al viejo, al paso que me prueba que sois el padre mas feliz del universo, me hace ver que Elena no ha nacido para este retiro: una cabaña no debe ser su morada; ella no debe habitar sino palacios. Permitid pues, mi querido Thibaut, que os lleve á ambos; venid á mi castillo á pasar tranquilamente el resto de vuestros dias. La encantadora Elena será allí la dueña soberana, hallará con qué cultivar tan bellas disposiciones, y yo cifraré todo mi placer en proporcionarle diversiones dignas de ella.

Esta proposicion habia sido hecha con un aire que no permitia la menor duda sobre el motivo que la dictaba: el amor de Salvian estaba demasiado pintado en sus ojos para equivocarse. Elena, ilumi-

nada por sus propios impulsos, no se engañó, pero aunque sentia una secreta satisfaccion de su conquista y sentia mas que nunca el ignorar su nacimiento, no pudo oír sin sobresalto que un hombre de aquella edad y condicion, que solo la creía hija de un aldeano, quisiera sacarla de su rústica morada para hacerla habitar un palacio. La inocencia y la virtud no le parecian acordarse con semejante paso, por lo que no tuteó en rehusar.

Tomando la palabra y mirando al marqués con una especie de orgullo, le respondió que amaba la soledad; que le era imposible dejarla; que si el cielo la hubiese destinado para un estado mas brillante, no la habria hecho nacer en el de aldeana; que le daba mil gracias por el honor que queria hacerla, pero que le suplicaba no la forzase á aceptarlo, puesto que solo miraria como una violencia lo que él consideraba una ventaja.

Salvian la examinaba con demasiada atencion para no conocer que hablaba de todo corazon, y no obstante el exceso de su amor, encantado de su cordura y sensatez, no osó urgi-la sobre este punto temiendo ofenderla, y contentándose con manifestar con su tristeza el pesar que le causaba su repulsa, salió de la casa con una estimacion igual á su amor; pero esa estimacion le embarazaba mucho mas que su pasion. No podia dar pruebas de la

primera sin poner límites á la segunda; y si queria satisfacer las dos, le era preciso olvidar su sangre, su nacimiento y todo lo mas lisonjero en la vida humana. Sin embargo, al cabo de muchas reflexiones, se resolvió á ello; que para probar aun á Thibaut y su hija, no bien habia vuelto á su casa cuando mandó cargar una carreta de cuanto puede ser útil para las comodidades de la vida, y la envió á casa del viejo con órden de decirle que, puesto que no queria venir á su palacio, le enviaba con qué embellecer el aposento de Elena.

Ese soberbio regalo fué recibido del mismo modo que la proposicion. Elena no quiso permitir que descargaran la carreta y la hizo tomar el camino del palacio de Salvian, respondiendo al jóven señor, que la magnificencia de los muebles no correspondia á la sencillez de su morada, y que la verdadera sabiduría huia del lujo y de la abundancia. Tanta moderacion en la hija de un aldeano, asombrado al marqués, aumentó en tal grado su amor que ya no balanceó sobre el partido que debia tomar; pero como ese dia habia pasado en idas y venidas, no pudo ejecutar su proyecto hasta el dia siguiente que pasó á casa de Thibaut, á quien halló solo, porque Elena no estaba aun visible. El viejo le recibió con profundo respeto y le pidió perdon de haberse visto forzado á devolverle su regalo.

—Pero, señor, añadió, no he podido decidir á mi hija á recibirlo.

—Querido Thibaut, le replicó el marqués, he hallado un medio de hacerle recibir; vengo á proponérselo, y os creo bastante sensato para desecharlo. Yo amo á Elena y siento que no puedo ya vivir sin ella. Para acordar la violencia de mi amor con la severidad de su juicio, estoy resuelto á casarme con ella, y me lisonjeo que el presente de mi corazón acompañado del título de marquesa de Salvian, la impedirá ruborizarse de la declaración de mi amor.

A medida que hablaba Salvian, la cara de Thibaut parecía cubrirse de una dulce serenidad: brillaba en sus ojos la alegría, y cuando pudo hablar, le dijo:

—¡Ah! señor, cuán feliz es mi vejez y cuántas gracias debo dar al cielo! Pero, señor, puesto que sois bastante generoso para querer unir á Elena á vuestra suerte, no me es ya permitido ocultaros la suya; Elena no es hija mía; una sangre mas noble corre por sus venas; pero es todo cuanto puedo decir, porque no sé mas.

Entonces, contándole de qué modo Marina la habia traído á su casa y lo que su hermana habia dicho al morir, sin olvidar la caja de oro que Elena traía al brazo con sumo cuidado, dejó al marqués en extremo sorprendido. Pero penetrado de alegría

Señor que habia creado el cielo y la tierra, y reconocer al mismo tiempo por demonios á los dioses todos de las gentes. El Dios verdadero se asentaba sobre las ruinas de las mentirosas deidades: sus escombros servian de glorioso escabel á sus piés.

Como por encanto desaparecia el paganismo, como un frágil polvo á fuerza de una violenta corriente de aire. Los ojos hasta allí avezados á las mas densas tinieblas, se abrian á la luz mas clara y mas brillante. La tirana esclavitud de Satanás huía despavorida por todas partes: por todas era reemplazada por la noble libertad del cristianismo, esta religion divina que por do quiera ha quebrantado los grillos y destrozado las cadenas.

Entre tantos libres, permanecian algunos aherrojados entre duros hierros. En Ocuila aun duraba el idolátrico culto. El dios de las cuevas asentado estaba sobre su inmunda ara. *Ostotocheil* dominaba aun en su tenebroso ántro. El idioma de los ocuiltecos, nada entendido de los misioneros, era el mas firme resguardo de su reinado. Miserable Satan ¿se le habia ido de las mientes que el señor su Dios sabe conceder el don de lengua á sus ministros! se le habia olvidado de todo cuanto es capaz el celo de un apóstol.

Pronto iba á sufrir el desengaño.

Era el año de 1537, y víspera de pascua de Es-

píritu Santo, cuando se presentan en Ocuila dos apóstoles, dos sacerdotes, dos hijos del grande obispo de Hipona, aquel sapientísimo varón, cuya pluma había disipado las sombras de la herejía en el Occidente, y cuyos hijos habían de conducir las del Evangelio á las naciones mas remotas: el grande Agustin, llamado justamente sol de la Iglesia. Llamábanse Sebastian de Tolentino y Nicolás de Perea. Estos los héroes eran, que venian á combatir con el fuerte armado. Estos los destinados para desalojarlo de aquel baluarte que creía inexpugnable. Estos los que debían reducirlo á polvo, y levantar sobre él la imagen del que quince siglos antes lo había vencido muriendo sobre una cruz en el Calvario.

Conocemos ya á los soldados: escuchemos sus triunfos.

### III.

Reducidos los habitantes de Ocuila, y encaminados por la senda segura del Evangelio que les anunciaban aquellos sus apóstoles, su corazón no podía dejar de encenderse en el amor á sus hermanos. El primer fruto de la verdadera fe es la caridad. Condolidos pues de su perdición, y deseando su reme-

dio, informaron secretamente á los misioneros de aquel oculto asilo en que parecia haberse refugiado la idolatría, y desde donde insultaba con sus impías adoraciones y cruentos sacrificios á la verdadera religion. Refiriéronles las abominaciones que allí tenían lugar, movidos no menos de celo porque la fe se propagase, que del afecto misericordioso de evitar aquella piedra que aun servia de escándalo á los mas débiles.

Aquel bien intencionado informe produjo un efecto aun mayor de lo que podían esperarse los fervorosos neófitos. El lugar de abominacion debía no tanto destruirse, cuanto ser convertido en un ameno jardín de virtudes. No debía terminar en ser el centro de reunion de los que quisiesen tributar culto á la divinidad, sino pasar con mas venturoso trueque á ser en el que se reunieran los verdaderos adoradores en espíritu y verdad.

Así parecen haberlo entrevisto los santos misioneros al penetrar, no sin gravísimas dificultades, á aquel sitio de horrores y desolacion. El empeño que tomaron en que de allí desapareciese el infame culto, que tan lastimosa ruina causaba á las almas, era mayor que el que hasta entonces habían usado en la destruccion de otros templos mas afamados. Y con razon, porque no solo en aquel se proponían la aboli-

cion del culto idolátrico, sino hacer triunfar de una manera mas brillante el inmenso poder de la cruz.

Repentinamente, y cuando menos lo aguardaban los idólatras, se presentan á su vista los misioneros, y arrebatado el padre Perea de aquel mismo cielo que en otro tiempo consumiera á Elías, reprende á aquellos nuevos sacerdotes de Baal sus abominaciones; les demuestra con tal energia y tal espíritu la verdad de la religion que predicaba, y llena sus corazones de tanta admiración y asombro, que los hace postrar por tierra al imperio y fuerza de sus palabras. Aquella mudanza que la diestra del Excelso, mil veces ha obrado en las almas, desde luego déjase allí sentir.

El ídolo no tardará en volverse polvo. Las manos mismas que lo fabricaron, esas mismas lo reducirán en fragmentos. Como en los demás lugares del Nuevo Mundo, los que antes fueron víctimas de los engaños de la antigua serpiente, ser debian los vengadores de los ultrajes hechos á la divinidad.

Esta victoria del cristianismo, aunque grande, como lo ha sido en todas las naciones, no era la que en aquel lugar debía ornar con nuevos laureles sus

sienes. Mayor y mas brillante la preparaba allí el poder divino. De muchas maneras y de diversos modos el Altísimo hablara por boca de sus ministros á los idólatras de América. En aquella cueva queria ostentar con mas esplendor-toda la extension de su poder.

Los falsos dioses han venido á tierra, ya por el celo impetuso de los sacerdotes de la nueva ley, ya por la persuasiva eficacia de sus palabras, y ya tambien por el ejemplo mucho mas convincente de sus virtudes. Aquí los mismos ministros del absurdo culto han hecho rodar por el suelo á las imágenes á quienes antes ofrecian holocaustos. Allí los pueblos, conmovidos, los han lanzado de sus aras. Por aquella parte el sexo débil se ha reservado esta gloria. Por esta, manos mas flacas las de los niños, se han empleado en quebrantar el orgullo del ángel rebelado.

En Chalma debía reproducirse otra escena mas asombrosa; aquella que llenara de espanto á los habitantes de Azot. El Dios verdadero debía hacer postrar por tierra ante su imagen á aquel otro Dagon que se hallaba elevado en su trono.

Los misioneros, sin acertar con el medio mas prudente para destruir la idolatría de aquel lugar, vacilaban entre la dulzura y el agrado, entre la violencia y el rigor. En cualquier extremo hallaban inconveniente. A costa de sus vidas deseaban concluir aque-

lla profanacion; mas la conversion de otros idólatras los llamaba á otras partes, diferia para otro tiempo aquella empresa. Viendo que en lo pronto no les era posible, la aplazaron para mejor ocasion. Siempre confiando en el triunfo creyeron sin embargo que debian suspender por lo pronto el combate. Se retiraron, no por cobardía; por asegurar mejor la victoria.



V.

Escuchemos la tradicion. Esta es muy antigua para no ser venerada; muy tierna para dejar de conmover los corazones; muy religiosa para que no le prestemos todo el asenso que ella se merece. Piénsese de ella como se quiera: nosotros referimos lo que encierran nuestros anales.

He aquí la piadosa leyenda.

Reducidos casi enteramente á la fe los ocuiltecas, y facilitado así el camino para la conquista que suspendido se hubiera, los misioneros volvieron otra vez á Chalma. Acompañábanlos sus nuevos neófitos ansiosos no menos que los padres de borrar para siempre toda marca de sus pasadas supersticiones. Acompañábanlos tambien, para ser testigos de aquel nuevo

triunfo que se preparaba á la religion que habian abrazado: triunfo tanto mas deseado, cuanto que sobre su seguridad tenian aquel fuerte presentimiento que el Señor hace experimentar á los corazones sencillos y á las almas fieles.

Partió el fervoroso escuadron, y á su frente los venerables agustinos que ya hemos nombrado. El P. Perea conducia sobre sus hombros una cruz de madera, de vara y media de largo: signo sagrado que debia marcar cual gloriosa bandera, la victoria, que allí á conseguirse iba del imperio del demonio y del poder de la muerte. Aquella caminata representaba vivamente la que el Salvador habia hecho al Gólgota. Caminaban todos por ásperas malezas que hacen fragosa la cañada toda de dos leguas que dista Ocuila de las cuevas. Atravesaban las veredas difíciles que ofrecia entonces lo inculto y emboscado de aquellos barrancos; y cayendo y levantando, oprimidos de cansancio, llenos de sangre los piés y manos, y cubierto todo el cuerpo de sudor, llegaron por fin á la boca de la cueva principal.

*Ostotoethcoatl* va ser lanzado de sus inmundas aras. Sobre sus escombros quedará elevado el sagrado madero desde el que triunfara el Dios Hombre, el Santo de los santos.

¿Mas que es esto? ¿Que admirable espectáculo se presenta á la vista de los misioneros, y del pueblo fiel

que seguía sus pasos? El abominable *Ostotohtcoatl* yace por tierra. Un resplandor prodigioso destierra de la cueva las tinieblas que eran sus inseparables compañeras. Olorosas flores colocadas sobre el altar y esparcidas por todo el áspero pavimento difunden un sobrenatural aroma, que al mismo tiempo que recrean el olfato, fortifican el corazón, elevan el alma y le hacen reconocer la casa de Dios.

Los misioneros asombrados, no se atreven á penetrar al interior de la cueva. Tantos portentos los sorprenden y un religioso temor los mantiene inmóviles en los umbrales.

La pascua era de Espíritu Santo. Su ardiente fuego acaso purifica aquel lugar manchado con tantas abominaciones. El día era también en que se veneraba la milagrosa aparición de San Miguel Arcángel en el monte Gárgano verificada allá en el siglo V. Tal vez el príncipe de las milicias celestiales, el triunfador glorioso de la terrible batalla, que tuviera lugar en el Empireo, y que turbara por un momento su eterna tranquilidad por la soberbia y rebeldía de Satan y sus míseros secuaces, había allí descendido á coronarse de otra nueva victoria. El protector del pueblo de Dios en este instante pone en derrota al que en el paraíso triunfara de los primeros padres de la humana especie. Sin duda también. . . . En vano se afanaban los sacerdotes del crucifica-

do en darse razón de aquellos portentos que presenciaban. En vano se perdían en un mar de conjeturas. En vano apuraban sus talentos, demandándose la explicación de aquellas maravillas.

¿Y quién es el hombre para conocer todos los designios de la Providencia? ¿Quién es para comprender los arcanos de la divina sabiduría?

Decidieronse en fin los religiosos varones á penetrar en aquel ya sagrado recinto. Testigos llamados para dar fe de aquellos sobrenaturales sucesos debían averiguarlos, debían imponerse por sus mismos ojos de lo que allí pasaba. Entran. . . . y ¿cuál es el objeto que se presenta á su asombrada vista? No es el Espíritu divino quien por solo algunos efectos sensibles manifiesta su presencia en aquel afortunado lugar. No es como en Horeb un fuego portentoso que hacia arder sin consumir lo que le servía de pabulo. No alguna misteriosa figura, como en otro tiempo el arca de la alianza, que lanzaba llamas sobre el temerario que la profanara.

No. Era el manso Cordero, que enclavado en una cruz se sacrificara por la salud de la especie humana. Era el Dios hombre, que lleno de misericordia recibía con los brazos abiertos aquellos pueblos que huyendo de la servidumbre y tiranía del demonio acudían al trono de la paz y de la verdadera libertad. Era la imagen de Jesucristo crucificado, la sola víc-

tima que puede reconciliar con Dios á los hombres, el único libertador, que con su muerte les ha dado la vida, y con sus oprobios y padecimientos, conduce á los pueblos á la verdadera gloria y á la eterna felicidad.

Postrase aquella dichosa comitiva de los venerables misioneros; póstrase en tierra como ellos, y con el rostro cosido en el polvo, adoran al santo Crucifijo que allí habia encontrado. Sus corazones ardientes de fe, reconocen en aquella muda imágen al Creador de todo cuanto tiene ser; lo veneran humillados, lo confiesan redentor del mundo, y penetrados de gratitud por aquel singularísimo favor, creen en aquel momento ver realizada aquella profecía de Ezequiel en que el mismo Señor se ofrecia á ser él mismo el portento. ¿Y tal dádiva, tan grandiosa como inesperada, producir no debia aquellos afectos? ¿Quién, quien no los hubiera experimentado iguales en las mismas circunstancias? Ibase por medios simplemente humanos á destruir un falso culto. Sobre la ara inmunda de un mas inmundo ídolo, á eregir iba la religion por mano de sus ministros el signo santo, que glorioso ya brillara algunos siglos hacia sobre la cabeza de los emperadores y los reyes.

Esta era la empresa gloriosa, sí, gloriosa al cristianismo, gloriosa á la nacion católica, que no queria esterminar sino salvar á los que con su acero con-

quistara; gloriosa, en fin á los ministros de la religion que por difundirla por todas partes abandonaban su patria, sus parientes, sus amigos, sus comodidades.

Gloriosa era, volvemos á decir, la empresa, bajo cualquier aspecto que se considerara; empero el Altísimo, quiso colmarla de mayor gloria. Las señales todas que la acompañaron entonces, los afectos que de ella se siguieron; la impresion que sobre los corazones obra la presencia de la santa imágen, mas que suficientes son poderosas para admitir la piadosa tradicion de su aparecimiento, la aplicacion que hacemos de las palabras del profeta: "Yo, yo mismo seré vuestro portento."

VI.

Fijemos por un instante la vista en esa prodigiosa imágen, y nos convenceremos por nosotros mismos de que en ella hay algo mas que la obra de los hombres.

Veámosla con atención.

Su postura en el madero santo de la cruz, la inclinacion de su divina cabeza, lo lastimoso de sus llagas

las dolorosas señales de los golpes, las cárdenas impresiones de los cordeles y ligaduras, y lo purpúreo de la sangre desatada en arroyos de sus clavados piés, manos y costado, y desprendida en hilos desde la frente á las plantas; todo este tierno espectáculo comparado á la letra con lo que los sagrados profetas y evangelistas nos refieren, nos representa muy al vivo al mismo varon de dolores, dibujado por boca de Isaías, y un fidelísimo retrato del mismo que dejó verse en la cumbre del Calvario.

Pasada la primera impresion que obra sobre el espíritu, la vista de la santa imágen, y contemplándola mas detalladamente, cuanto lo permite el religioso terror que nunca abandona al que la mira de hito en hito, se descubren nuevos primores. Admirable es la estructura del sagrado bulto, la distribución de sus tamaños, lo proporcionado de la estatura, lo bien compasado de sus eztremitades superiores é inferiores, el natural caimiento de la cabeza, lo descolgado y vencido del cuerpo, que desde luego indica su estado de cadáver, y la manera violenta con que está suspendido.—Sobre todo, el venerable rostro excita la mas dolorosa admiracion. Su colorido acardenalado, el desencaje de las facciones y el entumecimiento tan natural de las carnes, indican cuánto padeció aquella humanidad divina, así de parte de sus despiada-

que corona una bella efigie del taumaturgo de Tolentino.

Penetremos mas adentro.

Desde luego llama la atencion la frontera del templo. Situada al mediodía forma una vistosa portada de cuatro gruesas columnas, sustentadas en sus correspondientes bases á uno y otro lado de la puerta y que no exceden de su altor.

Sobre las cuatro, coronadas de una almenilla que les sirve de capitel comun, se ve en el centro, de medio relieve, la efigie del divino Crucificado, á la que hacen devoto cortejo cuatro estatuas de cantería de santos de la órden augustiniana: dos á las de la puerta del templo. Un medio punto corona la fachada, con otro escudo, hoy liso, pero en el que antes estuvieron las armas de España, cuando en 1783 el católico Carlos III le concediera el título de real, así como al convento. Dan complemento á la hermosura de esta fachada dos torres, medianas en tamaño, pero vistosas y con sus esquilas y campanas necesarias.

Lo interior del templo consta de cuarenta y ocho y media varas castellanas de longitud y quince de latitud: su altura es proporcionada.

Desde que se entra á él se presentan á uno y otro lado bellos colaterales, con hermosas y ricas pinturas y esculturas; y por do quiera que se vuelvan los

ojos, de alto á bajo, se admiran preciosísimos adornos de plata, como frontales, albornates, lámparas y candiles, en que el gusto y el primor del arte compiten con el valor de la materia. Sobre todo el magnífico presbiterio construido en 1730, lo mas rico es, al par que bello, de todo el religioso edificio.

Oigamos cómo lo describía un historiador en 1810, para formarnos una idea mas exacta de la riqueza y piedad de aquellos felices tiempos. "El centro del colateral ó capilla mayor, es el propio lugar y regio alcázar de la sacratísima imagen del divino Redentor crucificado; y hállase dignamente colocada en un nicho de plata, á todo costo y de tres vistas (en ochavo), cuyos claros de alto á bajo se hallan cubiertos de vidrieras de muy fino cristal, y el fondo entapizado de terciopelo morado, guarnecido de galon ancho fino de oro. La Santa cruz del Divino Crucifijo, asienta su ástil en una peana de plata, y cercan el mismo pié seis ramilletes de plata. Cubre á la sagrada imagen una cortina corrediza de muy preciosa tela, y tiene varias segun los colores rituales. Al pié del nicho está el sagrario mayor de plata orleando en circuito todo el pié del nicho, y á cuya puerta de medio punto cubre el claro una vidriera de cristal fino, y en el centro se mantiene reservado el Sacramento Eucarístico en su custodia cubierto con sus puertas de plata de torno ó cilindro, y manifiéstase

para la renovacion de los jueves. Forma juego con nicho y sagrario un hermoso sotabanco de plata de igual construccion, en cuya medianía asienta sobre el altar el sagrario menor ó depósito, igualmente de plata. Sobre el sotabanco subsisten perennes seis blandones de plata, é interpolados con ellos cuatro macetones de plata, con las de esta misma clase que forman remate ó perilla á las esquinas del nicho, y cercan el pié de este en derredor doce albornates, con mas cuatro de su misma estructura al pié de la puerta del sagrario mayor. Completa la hermosura del altar su frontal de plata, que siendo de la misma estructura del nicho, sagrario, sotabanco y macetones forman con todas estas piezas un trono tan brillante, hermoso, que es el asombro y la admiracion de cuantos llegan á verle, llamados de su elegante presencia. Dentro del mismo ámbito ó lugar dicho, á los lados del altar mayor están otros dos menores portátiles con sus frontales de plata, del mismo juego que el del mayor, y colocadas en ellos dos imágenes de admirable pincel, la una de Nuestra Señora de Guadalupe, y la otra del patriarca Señor San José, en sus marcos de plata y con muy finas vidrieras. Adornan el plano de estos tres altares sus correspondientes atriles de plata y ramilletes de lo mismo. Ocupan la fachada del presbiterio, que es bastante capaz, en uno y otro lado cuatro hacheros de corpu-

lento tamaño, contruidos de plata, de idea muy exquisita, é interpolados dos pedestales con sus ciriales, otro igual á estos con la cruz magna y un atril diacanal de buen porte, todas estas piezas hacen juego, y son de igual primor y estructura. Remata la hermosa vista de dicha fachada con un barandal ó crujía de plata, coronada de seis sibilas de plata, todo primorosamente construido y que da el lleno al altar y presbiterio."

La sacristía corre parejas con la hermosura y riqueza del templo. En lo material de su fábrica, concluida en 1752, es una de las mejores que tiene la orden agustiniana, aun contando como cuenta con hermosísimos y muy amplios edificios de su género. En punto á riqueza es tambien de las primeras en sus magnificas pinturas, su curiosa cajonería, sus muchos y preciosos ornamentos, sus riquísimos vasos sagrados.

Bajo todos aspectos puede asegurarse haber sido y ser todavía este santuario uno de los mas celebrados de la América, y no inferior á muchos de los de mayor renombre en Europa.

Antes de apartarnos del templo, réstanos contemplar dos maravillas. Aquella gran mole, levantada en ese terreno áspero y pedregoso, descansa sobre unos cimientos de tan poca profundidad, que asombra cómo pudo la arquitectura haber sido tan feliz en

la empresa de levantarlo. Para acomodarse á la irregularidad del piso é igualar el pavimento, lugares hay, y no pequeños, en que las paredes parecen edificadas á pelo de tierra, como se dice. Este es un fenómeno del arte, que ha llamado no poco la atención de grandes arquitectos.

Otra maravilla hay, y es la cueva que llaman "del Sepulcro," por haberse destinado para sepultar á los religiosos difuntos. El vulgo cree que en ella apareció el divino crucifijo.

Empero, este es un error. La cueva, teatro del portento, separada está del actual templo.

Después de trasladada la divina imagen, dedicóse á san Miguel Arcángel, patrono del lugar, y no pudo conñarse tal tesoro á mejor y mas propio guarda.

La cueva de que hablamos es la que dedicada estuvo á Señor San José, y que mencionamos arriba. En la nueva fábrica quedó debajo del presbiterio, conservando su pequeñez, desigualdad y aspereza primitivas. Mas el arte la ha hermoseado y dádole mayor amplitud y mejor forma. Sostenidas por bóvedas y dividida en cuatro departamentos, es en la actualidad una capilla subterránea, que se asemeja, si no en la grandeza, al menos en la idea, á aquella en que reposa el cuerpo, hallado en este siglo, del serafin de Asís.

Esta capilla es un nuevo relicario.

\* *Sus hijos los mas desgracia-  
dos*



gustín; en este se admiran bellisimas pinturas de la pasion del Salvador. En el primer piso están las oficinas de comunidad: en el segundo, en la parte inferior, están las celdas en número de veintiseis, para los religiosos. Hacia la parte del montesillo, anexo al convento y sobre cuya cumbre está la cueva de la aparicion del divino Señor, hay un pequeño departamento que sirve de noviciado, y otro con separacion para hospedaje de distinguidos peregrinos.

Para el comun de los romeros hay tambien otras hospederías, compuestas de altas y bajas, y sostenidas tambien por sus respectivos arcos.

En ellas se recibe á las personas piadosas que hacen esta célebre romería, y sus diversos departamentos, encerrados todos formando cuerpo con el templo y convento, dentro de aquella cadena de peñascos, completan lo piñtoresco de aquel cuadro. Los elevados cerros, barrancas profundas, diversas arboledas, cascadas del rio que los circunda; templo, monasterio y hospedería; naturaleza, industria, arte, devocion y piedad, hacen aquel yermo tan interesante, que difícil será encontrar otro que se le asemeje en el nuevo y aun en el antiguo mundo.

XI.

Caravanas inmensas de peregrinos, especialmente indígenas, acuden al santuario dos veces al año: al principio de la cuaresma, y para la fiesta de san Miguel de mayo.

Entonces mas que nunca se reanima aquel generalmente mudo cuadro.

La piedad y la devocion lleva á la mayor parte, la curiosidad arrastra á algunos: el vicio á ninguno conduce á aquel lugar sagrado.

¡Ay del que alli lo condujera algun fin torcido!

¡Ay del que alli no acuda con fe y confianza!

Por todas partes hallará monumentos de castigos del cielo contra los profanadores del santo templo. Por todas descubrirá los de prodigios hechos á favor de las personas fieles y devotas.

Las gentes sencillas y piadosas referirán al novel romero mil leyendas y tradiciones, terribles unas, otras edificantes.

Aquí le dirán, en 1765, devoraron los lobos al sa-

crílego que se atrevió á robar un candelero del santuario. Oculto lo llevaba, muy satisfecho de su impía empresa, cuando en este sitio, en que él buscaba su descanso entregándose al sueño, lo destrozaron las fieras. A la mañana siguiente hallaron su cadáver dos indios de Jalatlaco, y á su lado el candelero, que llenos de horror devolvieron á Chalma, dando noticia del horrible castigo. Allí donde veis esos árboles del *Yoloxochitl*, hizo una caída peligrosa un devoto, que subido á uno de ellos cortaba flores para adornar el altar del Señor. Su cuerpo rodó hasta el fin de la barranca; pero llevado ante la imagen, con solo una poca de agua que se le diera, volvió al punto enteramente en sí y se levantó sin lesión alguna.

Allí anduvo milagrosamente una tullida, que en hombros ajenos caminaba al santuario. . . .

Allí salió milagrosamente de las aguas una familia que habia sido arrebatada por la caudalosa corriente del río. . . .

Allí el saltador famoso, llamado el *Príncipe de los Montes*, se libró milagrosamente de la muerte, huyendo de la justicia, invocando al caer al Señor de Chalma. Salvólo Dios, por aquella su fe, del inminente peligro, y cambió de tal suerte su corazón, que al expiar sus crímenes en el patíbulo, sus disposiciones fueron tan cristianas, como las del mas austero y devoto religioso. . . .

Allí. . . . Allí. . . .

Peró inmenso sería referir todas estas leyendas y tradiciones, con que se suaviza la aspereza del camino.

Los piadosos peregrinos llegan al santuario, entonando cánticos sagrados: besan con devoción aquellas peñas, testigos del portento que van á celebrar: pasan horas enteras con cirios encendidos en las manos ante el divino crucifijo: reciben los sacramentos con fervorosas disposiciones, hacen largas limosnas para el culto del templo, y sosten del edificio en que generosa y caritativamente han sido albergados: ejercítanse muchos en las cuevas y capillas en ásperas penitencias: no pocos han cambiado allí enteramente de vida, y convirtiéndose en ejemplo de edificacion en sus pueblos.

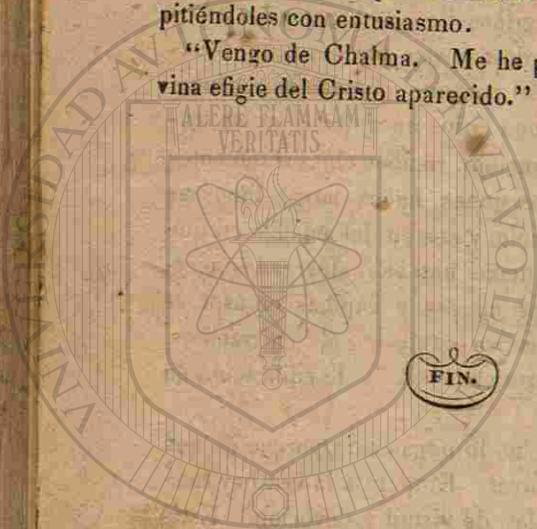
Habrá abusos, y no lo negamos: ¿porque de qué no abusan los hombres? Empero á la vez hay tambien grandes ejemplos de virtud y devoción. Estas reuniones cristianas sirven igualmente no poco para fomentar la caridad de los fieles, é inspirar la piedad cristiana.

¡Habrá alguno que se atreva á condenarlas!

Concluida la romería, las familias devotas egresan á sus hogares. Los antiguos peregrinos de Europa volvian de sus devotas expediciones llenos de conchas cosidas en sus esclavinas. Los romeros nues-

tros vuelven con ramas de pinos, y en ellas enarbola-  
da la imagen de divino crucifijo al que han tributado  
sus cultos. Llenos del una piadosa satisfaccion la  
dan á besar á los que encuentran por el camino, re-  
pitiéndoles con entusiasmo.

“Vengo de Chalma. Me he postrado ante la di-  
vina efigie del Cristo aparecido.”



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



